

JUAN A.
VIVES
AGUI-
LELLA
T. C.

HOMBRES CON PASTA DE MARTIRES



Hombres
con pasta
de mártires

JUAN A. VIVES AGUILELLA

H O M B R E S
C O N P A S T A
D E M A R T I R E S **S**

TERCIARIO CAPUCHINO

Religiosos Terciarios Capuchinos
Valencia, 1987

© Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos
de Ntra. Sra. de los Dolores

© Juan A. Vives Aguilera, T.C.

Con las debidas licencias

Portada, fotocomposición, diseño y maquetación, Fototipo,
Patema (Valencia), tel. (96) 138 47 56

Fotomecánica, Mavimo, Benimámet (Valencia), (96) 347 22 50

Impresión, Martín impresores, Valencia, tel. (96) 373 08 82

Depósito legal, V-1234-1987

Índice

Presentación	7
Pórtico	9
P. Bienvenido María de Dos Hermanas	13
P. Francisco Tomás Serer	19
Fray Gabriel María de Benifayó	25
P. Florentín Pérez Romero	29
Fray Urbano Gil Sáez	33
P. Vicente Cabanes Bádenas	37
Fray Diego María de Alacuás	43
P. Domingo de Alboraya	49
Fray Lorenzo María de Alquería de la Condesa	55
Fray Pascual María de Cuacos	61
Fray Angel Prado	67
Fray Enrique Gómez Tarín	73
Fray Bernardino María de Andújar	79

Indice

P. Laureano María de Burriana	85
Fray Benito María de Burriana	91
P. Ambrosio María de Torrente	97
P. Valentín María de Torrente	103
Fray Recaredo María de Torrente	109
Fray Modesto María de Torrente	115
Fray Francisco María de Torrente	121
P. Bernardino María de Alacuás	127
P. León María de Alacuás	133
Fray Pedro Gil Sáez	139
P. Timoteo Valero Pérez	145
P. José Llosá Balaguer	151
P. Crescencio García Pobo	157
P. Tomás Sanz Poveda	163
Fray Francisco Ferrer Molina	169
P. Ezequiel Gil Gil	175
Epílogo	181

Presentación

E NCONTRAR modelos de identificación, que nos alienten en el camino de la vida a obrar el bien, es un gran don, manifestación de la Providencia de Dios sobre nosotros.

Existe en el mundo actual, desproporción entre las palabras orales o escritas y los hechos. Necesitamos obras, signos, vida, más que palabras vacías.

Si una acción vale por mil palabras, toda una vida, muchas vidas, tienen valor incalculable.

*La Congregación Amigoniana posee una rica experiencia vital ya casi centenaria. Y desde ella el P. Juan Antonio Vives, T.C., nos obsequia con este pequeño libro, sencillo y denso a la vez, algunos trazos sobresalientes de los **VEINTINUEVE MARTIRES** que escribieron con su sangre la más honrosa página de nuestra historia.*

Que su lectura sirva de ejemplo a seguir por las nuevas generaciones amigonianas, y sea para todos motivo de estímulo y alegría.

A los cincuenta años de su martirio estos ejemplares hijos de Luis Amigó gozan de la presencia de Dios y perviven en nuestro recuerdo.

Presentación

Por su intercesión, que también nosotros como ellos, seamos responsables del verdadero sentido de la vida, en total donación y servicio a los hermanos.

P. JOSE OLTRA VIDAL, T.C.
Superior General

Roma, 1 de noviembre de 1986
Año 50.º Aniversario de los Mártires Amigonianos.

Pórtico

Estos son los que han lavado y blanqueado sus vestidos con la sangre del Cordero (Ap 7, 14).

CASI cincuenta años habían transcurrido ya desde que un 12 de abril de 1889 el Padre Luis Amigó y Ferrer fundara en Valencia (España) la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores.

En el año 1936, los religiosos amigonianos tenían razones suficientes para sentirse alegres y esperanzados.

Nacida la Congregación con el fin misional de acoger y educar cristianamente a la juventud descarriada del camino de la verdad y del bien, estaba experimentando entonces el gozo de ver extendido ampliamente su apostolado no sólo a lo largo y ancho de la geografía española, sino también fuera del suelo patrio que la vio nacer.

Los religiosos, pocos al principio, se habían mul-

tiplicado hasta alcanzar en vísperas de la contienda civil española el nada despreciable número de doscientos cincuenta. Asimismo, su nivel intelectual y científico había ido en aumento, trayendo como primer resultado el perfeccionamiento de un método pedagógico, patrimonio de los amigonianos, que se encamina a la recuperación del menor desadaptado.

Todos estos motivos llenaban, pues, de contento y optimismo a los terciarios capuchinos cuando se encontraban a las puertas de la celebración de sus bodas de oro fundacionales.

Pero tanta alegría no debía entrar muy de lleno en los planes de Dios, «quien —en palabras del P. Luis Amigó— suele mezclar los favores y gracias que nos otorga con penas y tribulaciones, a fin de que, ni aquéllos nos engrían, ni éstas nos abatan y enerven». Y así, cuando los religiosos amigonianos se disponían a celebrar el primer cincuentenario de su fundación, un acontecimiento doloroso y sangriento desbarató de raíz sus proyectos jubilares.

Bien pronto se dejaron sentir en el seno de la Congregación las consecuencias de la contienda que enfrentaba y dividía en dos bandos a los españoles.

Obligados por las autoridades, los terciarios capuchinos tuvieron que abandonar muchas de las instituciones que regían en favor del menor desadaptado.

Fueron dispersadas la mayoría de sus comunidades, y enajenados, cuando no destruidos, sus bienes patrimoniales.

Sin embargo la pérdida más dolorosa e irreparable para los religiosos amigonianos fue la muerte martirial de 29 de sus miembros, que diezmó la Congregación, todavía en período de afianzamiento, y mermó profundamente su expansión en el momento dorado de su historia.

Hoy, al cumplirse cincuenta años de estos tristes hechos, quiero recordar las vidas de los terciarios capuchinos muertos a causa de su fe, y quiero hacerlo sin rencor ni resentimiento, con la serenidad que ofrece la perspectiva crítica de la historia y la enseñanza amorosa de quienes, a ejemplo del Maestro, murieron perdonando.

Estos veintinueve religiosos constituyen en su conjunto una acabada realización del ideal amigoniano de su vida.

Llevado por el Espíritu, el P. Luis Amigó encomienda a sus Terciarios la misión de «ir, cual zagalas del Buen Pastor, tras la oveja descarriada hasta volverla a su redil». Les encarga que sean portadores y testigos del amor misericordioso de Cristo Redentor que «vino a salvar lo que estaba perdido». Y les inculca para ello un espíritu de sacrificio capaz de

desafiar «precipicios y emboscadas» y de dar la vida, si necesario fuese, en favor del prójimo más necesitado.

Los religiosos amigonianos, cuyo ejemplo de vida expongo brevemente en este escrito, al lavar y blanquear sus vestidos con la sangre misma de Cristo, se convierten en especiales seguidores del Buen Pastor y en cabales zagales de su rebaño.

No se equivocaba el P. Luis Amigó cuando contemplado el panorama de sus congregaciones en vísperas del enfrentamiento civil español, escribía: «No dudo que hay aquí pasta de mártires, si a tanto llegare la persecución».

Aunque profundamente *hombres* y cargados con sus virtudes y limitaciones, los terciarios capuchinos que vertieron su sangre por ser fieles al evangelio nos demuestran que ciertamente en la Congregación amigoniana había *pasta de mártires*.

P. Bienvenido María de Dos Hermanas

(José de Miguel Arahál)

17-VI-1887 - 1-VIII-1936

«No temáis a quienes matan el cuerpo» ... (Mt 10, 28).

FUE el P. Bienvenido el primer amigoniano que llevó a cumplimiento la exhortación que años antes hiciera el P. Luis Amigó: «Estad siempre dispuestos a sacrificar por la fe hasta vuestra propia vida, si fuere necesario».

Nacido en Dos Hermanas (Sevilla) un 17 de junio de 1887, sus padres le pusieron por nombre José, que cambió por el de Bienvenido al hacerse religioso.

Doce años recién cumplidos tenía cuando los terciarios capuchinos inauguraron en su pueblo la Colonia San Hermenegildo, destinada al ejercicio del apostolado propio de la Congregación.

Alumno de dicha institución, bien pronto se sintió atraído por el ejemplo de vida de aquellos religio-

sos amigonianos y se decidió a acompañarles en su caminar tras las huellas de Cristo.

Sus hermanos descubrieron las buenas cualidades que adornaban la personalidad del P. Bienvenido y le encomendaron diversos puestos de responsabilidad.

Maestro de novicios, superior y director de varias instituciones y superior general de la Congregación fueron entre otros algunos de los servicios que realizó como terciario capuchino. En todos ellos sobresalió el P. Bienvenido por su *espíritu de servicialidad y fortaleza*.

Servicialidad. Palabra difícil de comprender cuando se analizan las cosas con criterios humanos. En un mundo donde generalmente las personas buscan dominar, aprovecharse o explotar a sus hermanos resulta chocante que se pretenda hablar de servicialidad como una virtud, como un valor positivo que puede ayudar a la construcción de un mundo mejor.

Y sin embargo el espíritu de servicio es uno de los valores irrenunciables del mensaje cristiano. También en el mundo actual tienen sentido las palabras de Jesús que dice: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» y «el que quiera ser el mayor sea el servidor de sus hermanos». También hoy continúa siendo testimonial la actitud de Cristo que,

siendo el Maestro, se arrodilla a los pies de sus discípulos para lavarles los pies.

Nuestra civilización está necesitada de líderes que en vez de endiosarse con sus dotes o inflarse con sus propias palabras, se conviertan con su ejemplo en testigos de una nueva creación en la que cada hombre sea capaz de poner como centro, no su propio «yo», sino a «los otros».

El P. Bienvenido puede ser muy bien uno de estos líderes testimoniales. En su vida, a pesar de los altos cargos que ocupó, vivió siempre dispuesto «a lavar los pies a sus hermanos», a aliviarles en los más nimios detalles, a prestarles los menores servicios.

En las casas donde él estaba de superior era habitual encontrarlo realizando, durante su tiempo libre, diversos trabajos manuales con cuyo producto cooperaba eficazmente a la economía fraterna. Y siendo incluso superior general le gustaba realizar, como uno más, los humildes servicios de limpieza que se requirieron en la vida comunitaria.

Pero, no obstante este espíritu de servicialidad y amor humilde que distingue en primer lugar la vida del P. Bienvenido, su personalidad no era la de un hombre débil.

¿Por qué será que cuando contemplamos la vida

P. Bienvenido María de Dos Hermanas

de una persona que ha vivido con radicalidad el mandamiento del amor, tendemos, casi inconscientemente, a atribuirle un carácter excesivamente dulce? ¿Será, quizá, porque confundimos la misericordia cristiana con pusilanimidad, y no caemos en la cuenta de que también la fortaleza, el arrojo en defender las propias creencias, es una gran virtud?

La verdad es que la fortaleza, entendida como Cristo la enseñó, está íntimamente hermanada con la caridad, y nuestro biografiado fue un hombre de carácter fuerte.

Tras las huellas del P. Luis, y al contacto con la pedagogía amigoniana, el P. Bienvenido aprendió la importancia que tiene el actuar el amor misericordioso y humilde en perfecta armonía con la fortaleza de espíritu.

Las debilidades educativas, había oído repetidamente, no conducen a ninguna parte. Y él, que fue en todo momento un verdadero padre entre sus hermanos, no pecó nunca de paternalista. Exigente como era consigo mismo, supo exigir también a los demás el cumplimiento de sus propios deberes.

La manifestación más extraordinaria de su fortaleza la encontramos en el momento de su último testimonio.

Ya algún año antes, al tiempo de la quema de con-

ventos, vestido con su hábito, se abrió paso entre la multitud exaltada que rodeaba la Escuela de Santa Rita en Madrid, para confortar y animar a los religiosos que se encontraban dentro.

Y posteriormente, cuando le llegó «la hora de la verdad» no perdió en ningún momento la firmeza de carácter. En Santa Rita, donde le sorprendieron los acontecimientos de 1936, defendió valientemente sus derechos de ciudadano español que no tiene por qué huir, pues nada ha hecho contra las leyes.

—«Déjenme, pues soy religioso y estoy en mi casa», es la frase que dirige a quienes le exigen abandonar inmediatamente el establecimiento.

Fundada su fortaleza en una fe cristiana, madurada en la escuela espiritual del P. Luis Amigó, el P. Bienvenido hizo vida en sí mismo, con inusitado realismo, el mandato de Cristo: «No temáis a quienes matan el cuerpo...».

P. Francisco Tomás Serer

25-IV-1911 - 2-VIII-1936

«Nadie tiene amor más grande, que el que da la vida por los amigos» (Jn 15, 13).

PERTENECE el P. Francisco a una larga y prestigiosa serie de religiosos amigonianos nacidos en el alicantino pueblo de Alcalalí.

Influenciado por el buen ejemplo de los copaisanos que años antes se habían sentido llamados a seguir a Cristo en esta Congregación de terciarios capuchinos, bien pronto se despertó en él la vocación religiosa.

Niño aún, marchó al Seminario de San José de Godella donde entre latines se le pasaron volando los cuatro cursos de humanidades. Después, ya se sabe, noviciado, filosofía, teología, y con veintitrés años recién cumplidos cantaba su primera misa. Era el 26 de mayo de 1934.

Todo hacía presagiar para el P. Francisco un futu-

ro halagador y risueño, y la Congregación cifraba en él grandes esperanzas, pero... una vez más, los planes del Señor no coincidían con los planes de los hombres.

Atendidas sus excelentes dotes intelectuales, los superiores lo destinaron a Madrid para que cursara en la facultad de medicina materias afines y necesarias para un ejercicio más técnico de la misión reeducadora encomendada a la Congregación. Y cuando se encontraba finalizando el primer año de tales estudios, sobrevinieron los sangrientos hechos que segaron en flor su joven y prometedora existencia.

Breve en años, su vida nos deja una gran lección espiritual que él, como los otros amigonianos que testimoniaron con la sangre su fe, asimiló junto a la figura de su Padre y Fundador.

Se distinguió el P. Francisco por *un gran celo por la salvación de los jóvenes*.

Siendo estudiante de teología en Amurrio, el famoso centro reeducativo que la Congregación dirigía en la provincia de Alava, compaginó, como hacían los terciarios capuchinos de entonces, la ciencia de los libros con la práctica pedagógica.

Al contacto con la juventud desadaptada, y teniendo presentes las enseñanzas de la tradición amigoniana, fue adquiriendo el necesario espíritu de sacrificio

«para soportar con gusto a los alumnos, para no reparar en horas ni demostrar cansancio de estar con ellos, y para hacerles la vida en el establecimiento lo más agradable y llevadera posible».

Poco a poco, se transformó en un educador incansable, entregado en cuerpo y alma a la cristiana educación de los jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien. Se convirtió en un verdadero testigo del amor de Cristo en medio de la juventud marginada.

Pero, con ser grande el testimonio de amor que dio a través de una vida, desgastada cada día en el servicio al extraviado, fue mucho mayor el que nos ofrece en sus postreros momentos.

A entender el significado de su última y total donación pueden ayudarnos las palabras del evangelio que encabezan este relato: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos».

Todo acto de amor conlleva siempre en su estructura un desvivirse, un desasimiento del propio ser en favor de la persona amada. Cuanto mayor es la ofrenda que se hace de la propia vida, tanto mayor es el gesto de amor. El derramar hasta la última gota de sangre, de vida, por el bien del hermano ha sido y será siempre la singular prueba de un amor vivido hasta el extremo.

El P. Francisco, benjamín entre los amigonianos que ofrendaron su vida por Dios, pudo escabullirse muy fácilmente del peligro. Su identidad religiosa era desconocida por quienes se posesionaron de la Escuela de Santa Rita donde se encontraba. Lo habían tomado por un simple estudiante.

No quiso, sin embargo, aprovechar aquella circunstancia que significaba abandonar en la incertidumbre a sus hermanos. Hacía ya algunas horas que unos desconocidos se habían llevado a su superior, el P. Bienvenido, y la tardanza de su regreso ayudaba a concebir las más negras sospechas. Todos querían hacer algo, pero no sabían qué.

Con el paso del tiempo la preocupación crecía, y el joven y decidido espíritu del P. Francisco no pudo aguantar más inactivo.

Intentaron disuadirle de lo que iba a hacer:

—No tiene sentido.

—No conseguirás nada.

—Peligra también tu vida.

Ni estas ni otras consideraciones lograron sujetar su inquietud. Sabía a lo que se exponía. Se trataba de salvar, de saber algo de un amigo, de un hermano, y él estaba dispuesto a todo, incluso a dar su vida, si necesario fuere.

Y debió ser necesario en los planes de Dios, pues

tan sólo unas horas más tarde aparecía su cuerpo sin vida junto a las tapias del reformatorio de Madrid. Aquellas tapias que habían contemplado silenciosas durante el último año su ofrenda diaria en favor de los jóvenes desadaptados, fueron también los testigos de su total y definitiva oblación.

Fray Gabriel María de Benifayó

(José María Sanchís Mompó)
8-X-1866 - 16-VIII-1936)

*«Acercaos a mí todos los que estáis
cansados y fatigados y yo os aliviaré»
(Mt 11, 28).*

EN una de las páginas autobiográficas más cargadas de contento y júbilo escribe el P. Luis: «El 24 de junio del año 1890 me concedió el Señor una gran satisfacción y alegría al poder recibir la profesión de los primeros religiosos, que en número de diecinueve emitieron en mis manos sus votos en el convento de Torrente».

No podía sospechar entonces el P. Luis que tres de ellos —P. Domingo, Fr. Recaredo y Fr. Gabriel— estaban destinados a sellar con su sangre el pacto de alianza que habían hecho con el Señor. De los tres, el de más edad era justamente nuestro fray Gabriel, quien por todas estas circunstancias puede ser considerado el decano de los religiosos amigonianos muertos durante la contienda civil española.

Había nacido en Benifayó (Valencia) el 8 de octu-

bre del año 1866, y tomó el hábito de los terciarios capuchinos el 21 de junio de 1889.

Curtió su vocación en los duros tiempos de la Cartuja de El Puig, donde la Congregación pasó los seis primeros meses de existencia. Pudo contemplar allí Fr. Gabriel cómo muchos que se habían sentido llamados a seguir el ideal amigoniano retrocedían incapaces de soportar la austeridad y pobreza de aquella vida. No habían comprendido la radicalidad que encierran las palabras que Cristo dirige al joven rico del evangelio: «vete, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y después ven y sígueme».

El seguimiento de Cristo exige siempre un sacrificio, una renuncia. Quien no es capaz de desprenderse del afán de poseer no está preparado para caminar muchas millas tras las huellas de Cristo. Los caminos que tiene que recorrer el mensajero de la Buena Noticia son caminos largos que hay que andar con ligero equipaje y sin fáciles comodidades.

Fr. Gabriel, con un puñado más de valientes, no se asustó ante las dificultades, se creció ante ellas y salió de aquella dura experiencia de la Cartuja con espíritu ensanchado y fuerte. Su fortaleza interior se hace presente de manera especial en *el amor al trabajo*.

Cristianamente entendido el trabajo no es un casti-

go. Es una oportunidad que tiene el hombre de poner en acción los dones con que Dios le ha adornado para el beneficio común.

Sólo para el egoísta es un castigo el trabajo. Al hombre encerrado en sí mismo le causa dolor poner sus potencialidades al servicio del hermano. Quien llega a descubrir el verdadero sentido del mismo experimenta, por el contrario, una gran felicidad que le impulsa a entregarse por este medio a sus hermanos con creciente entusiasmo y dedicación.

El P. Luis Amigó tuvo la intuición de descubrir en el trabajo, aceptado con libertad y con gozo, una prueba irrefutable de la recuperación del menor desadaptado. Quería, por ello, que los amigonianos ayudaran a los alumnos a descubrir el verdadero sentido del trabajo. Pero quería, en primer lugar, que fueran los mismos religiosos quienes experimentasen y viviesen el trabajo como don, como regalo que pone Dios en manos del hombre. Les invitaba constantemente a que «no huyesen del trabajo», a que «procurasen emplear bien el tiempo y capacitarse para todo».

La tradición amigoniana, los primeros terciarios capuchinos, asimilaron a la perfección este espíritu de trabajo, que constituye una peculiaridad patrimonial del propio ser. Y Fr. Gabriel fue con su

ejemplo de vida un buen exponente del mismo.

Con la actitud propia del zagal del Buen Pastor supo estar al lado de sus muchachos «sin horario», entregándose completa y gozosamente por ellos. Y si después de haber gastado la mayor parte del día en esta labor aún le quedaba algún tiempo libre, lo invertía ejerciendo el oficio de carpintero con el que prestó señalados servicios a sus hermanos.

Al producirse los acontecimientos del año 36, Fr. Gabriel se encontraba en Zaragoza. Allí seguía en la brecha, animado por el espíritu de trabajo que lo mantenía joven a pesar de los años. Desbaratada su comunidad y dispersos sus miembros, buscó amparo en la casa de sus parientes.

Tranquilo y trabajador como siempre, pasaba él sus días en este nuevo ambiente hasta que unos desconocidos le dieron muerte por el solo delito de «ser religioso».

Con sus setenta años de edad y cuarenta y seis de religioso, tras una vida llena de trabajos ininterrumpidos, su muerte asemeja un apacible caminar hacia el descanso, y hace recordar aquellas palabras de Cristo: «Acercaos a mí todos los que estáis cansados y fatigados, y yo os aliviaré».

P. Florentín Pérez Romero

14-III-1904 - 23-VIII-1936

*«Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos»
(Mt 18, 3).*

EN Valdecuenca (Teruel) vio la luz el P. Florentín, el 14 de marzo de 1904.

Todavía un niño fue internado en el Colegio San Nicolás de Bari que los terciarios capuchinos dirigen en la capital turolense desde el año 1910.

Bien pronto destacó Florentín Pérez Romero por su amor al estudio y a la música, y por su inclinación a la piedad.

Atraído por el ejemplo de vida de sus educadores quiso, como ellos, seguir a Cristo a través del camino trazado por el P. Luis Amigó.

Como religioso amigoniano destacó el P. Florentín por su *amor a la Virgen* y por un *espíritu de niño* que le acompañó hasta su muerte.

La devoción a la Virgen es uno de los pilares fundamentales de la espiritualidad católica. María, Ma-

dre de Jesús y nuestra, «primera creyente» de la Iglesia, es una referencia segura para encontrarse con Cristo.

Todas las congregaciones religiosas, empeñadas en el seguimiento más cercano de Jesús, han cultivado siempre con especial cuidado el amor a la Virgen. También el P. Luis al encomendar a sus terciarios la misión de «ir tras la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor», les dio como «Patrona y protectora» en su apostolado a la Virgen de los Dolores. Sabía él muy bien que los amigonianos, en su tarea de ser «zagales del Buen Pastor», necesitarían imitar grandemente el espíritu de ternura y fortaleza, de misericordia y sacrificio que nos trasmite a todos la figura de María de pie junto a la Cruz, soportando erguida, sin derrumbarse, el dolor de ver morir su Hijo.

La devoción a la Virgen de los Dolores, a la Co-redentora, es, pues, patrimonio espiritual de todos los terciarios capuchinos, destinados a ser cooperadores de la obra redentora, rehumanizadora de Cristo. Todos los amigonianos se han distinguido en el cariño a la Virgen de los Dolores a quien, con toda familiaridad, llaman «Nuestra Madre». Y este cariño, patrimonio de toda la Congregación, sobresale

en el P. Florentín, con un candor e ingenuidad especial.

Ya desde pequeño, desde los tiempos que estudiaba en San Nicolás, se sintió él fuertemente cautivado por la figura maternal de María. Se cuenta en la tradición de la Congregación—como una florecilla franciscana más, entre las muchas que tiene el jardín amigoniano— que, siendo niño, solía llevar el P. Florentín su merienda a la capilla para ofrecérsela inocentemente a la Virgen. Este amor fue madurando en él hasta convertirse en una profunda devoción e imitación de María, que inculcaba constantemente a sus alumnos.

Enraizado en su cariño a la Virgen, conservó el P. Florentín un espíritu de niño tal, que, al decir de sus biógrafos, le convertía en una persona «sin hiel ni malicia, siempre alegre y bondadoso, que se ganaba la simpatía y el afecto de todos, y que era muy estimado por sus alumnos».

Cristo dice en el evangelio, «si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». La niñez, la infancia espiritual que aquí se pide no es, ni mucho menos, la niñez psicológica que todos atravesamos en el proceso de maduración como hombres.

Ser niño, espiritualmente hablando, supone tener la suficiente hombría para actuar de forma consciente

y libre con las actitudes de limpieza de corazón, confianza en los otros, optimismo y esperanza ante la vida, alegría interior..., con que el niño actúa casi de forma inconsciente. Supone conservar, y aún acrecentar, las buenas cualidades que admiramos en la niñez, a pesar de las circunstancias que muchas veces nos invitan a encerrarnos en nosotros mismos y a contemplar el futuro con tonos oscuros, cuando no apocalípticos.

Ser niño, según el evangelio, supone, en definitiva, vivir abiertos, con amor, teniendo siempre viva nuestra fe y esperanza en que también hoy el mensaje cristiano puede transformar el mundo y hacer realidad el ideal del Reino.

El P. Florentín supo afrontar con serenidad y gallardía los últimos momentos de su vida, que fueron verdaderamente duros. Continuadas torturas morales y físicas, y simulación de fusilamiento, constituyeron el prelude de su holocausto. Su última oblación —«Señor, si mi vida ha de servir para algo, desde ahora os la ofrezco»— revela una vez más el espíritu de quien siguiendo a Cristo, se había hecho como niño.

Fray Urbano Gil Sáez

9-III-1901 - 23-VIII-1936

«*Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo*» (Lc 6,36).

FORMA también parte fray Urbano del selecto grupo de vocaciones amigonianas que surgieron durante los primeros años del Colegio de San Nicolás de Teruel.

Natural de Bronchales (Teruel) donde había nacido el 9 de marzo de 1901, ingresó tempranamente en dicho colegio al quedar huérfano de padre.

La educación recibida allí le ayudó decisivamente a descubrir la llamada que Dios le hacía a seguir las huellas de Cristo según el espíritu del P. Luis Amigó.

Su vida se puede leer e interpretar perfectamente bajo la clave de la *compasión evangélica*.

Compasiva es la persona que no juzga ni condena al otro; es la persona que, por compartir y condidir los gozos y las tristezas, las esperanzas y deses-

peros del hermano, comprende cabalmente el drama humano.

Compasivo es el hombre que se detiene sobre todo junto al dolor, los problemas, las dificultades, la vida del prójimo para ofrecerle, en la medida de sus posibilidades, una ayuda eficaz. Compasivo es, en definitiva, el hombre que no se limita a dar al necesitado algo de lo que le sobra, sino que se entrega sin reservas él mismo.

Una de las cosas que más ha llamado siempre mi atención en el Buen Samaritano—ese hombre que como ningún otro encarna la actitud compasiva que quiere resaltar Cristo— es el hecho de que no haga preguntas. No le pide al herido su carnet de identidad. No se detiene a pensar si es rico o pobre, honrado o sinvergüenza. Ha visto el dolor, el sufrimiento ajeno, ha visto al hermano herido, y eso es suficiente para que se baje de su cabalgadura y se aproxime para ayudarle.

¡Cuánta falta hace también hoy en nuestra civilización este profundo valor cristiano! Es frecuente leer en la prensa trágicos sucesos que tienen como una de sus causas la insensibilidad de la gente ante los problemas de sus semejantes: casos de ancianos que mueren solos y abandonados en sus casas; niños, mujeres y hombres sin trabajo que fallecen de

hambre en un mundo supercivilizado, sin despertar en sus hermanos el más mínimo remordimiento...

Además nuestra cultura parece haber olvidado que muchos problemas humanos comienzan a solucionarse con la compasión. Es posible que muchas veces no podamos solucionar las dificultades de los otros, pero el mero hecho de acompañarles cordialmente en sus preocupaciones es a menudo suficiente para que no desesperen, para que no pierdan su confianza en los hombres, ni la ilusión de vivir.

El P. Luis Amigó, que había experimentado la trascendental importancia que tiene la compasión evangélica, pide a sus frailes que tengan un corazón generoso y compasivo, tanto para con los jóvenes descarriados, como para con sus hermanos de comunidad.

Quiere él que los amigonianos, imitando el ejemplo del Buen Pastor, compartan con sus alumnos alegrías y penas, jueguen con ellos y con ellos se recreen, se hagan los encontradizos y hablen al corazón de quienes están en dificultad, y sean para todos ellos unos verdaderos padres. Y desea, al mismo tiempo, que siendo generosos y compasivos en sus relaciones fraternales estén siempre dispuestos a aliarse mutuamente el trabajo. «Hacerse todo para todos» es el lema que propone el P. Luis a sus terciarios.

rios para que cada día se vayan acercando más y más al ideal de la auténtica comunidad cristiana y franciscana.

Fray Urbano, con corazón generoso y ensanchado, hizo realidad en sí mismo el ideal amigoniano de la compasión.

Ayudado por su carácter jovial, estaba siempre cercano a sus muchachos, compartiendo con ellos, no sólo su «tener», sino también su «ser». Con una alegría natural, que contagiaba a todos por lo espontánea y sincera, mitigaba sus sufrimientos, y con una sensibilidad «a flor de piel» sabía pararse al lado de quien más lo necesitaba para ofrecerle su compañía y amistad.

De igual modo actuaba fray Urbano con sus hermanos, los religiosos. Cuentan las crónicas que en la vida de fraternidad se señaló «por su afán en prestar ayuda, en cualquier momento, a los hermanos sobrecargados de trabajo».

Con la muerte martirial —que sufrió junto al P. Florentín, en las cercanías de Benisanó, el 23 de agosto de 1936— el Señor le concedió la gracia de actuar hasta el extremo la generosidad que, bajo el manto de la compasión, había distinguido su vida.

P. Vicente Cabanes Bádenas

25-II-1908 - 30-VIII-1936

«Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen» (Mt 5, 44).

ES el P. Vicente, el primero de los seis amigonianos naturales de Torrente que murieron en defensa de la fe.

Torrente, el pueblo que a los pocos meses de fundada la Congregación acogió con todo cariño a los terciarios del P. Luis Amigó y les ofreció como residencia su antiguo convento alcantarino, pasa a ocupar así, a través del testimonio ofrecido por seis de sus hijos, un lugar privilegiado en la historia de muerte y vida que escribieron con su sangre los terciarios capuchinos.

En este laborioso y alegre pueblo de la comarca valenciana, y en frente mismo de las tapias del convento ocupado por los amigonianos, vio la luz, el 25 de febrero de 1908, el futuro P. Vicente.

Desde que niño aún comenzó a frecuentar la es-

cuelita abierta por los religiosos, su vida transcurría alegre entre la casa familiar y aquel convento que poco a poco se iba convirtiendo en su segundo hogar.

A los siete años recién cumplidos hace la primera comunión en la Iglesia de «sus frailes», e inmediatamente se inscribe en la Pía Unión de San Antonio de Padua que allí habían fundado los amigonianos.

Tenía quince años cuando pidió ser admitido en la Congregación. Las dificultades no fueron pocas. Siendo él novicio muere su padre inesperadamente, y su madre y hermanas parecen necesitar del apoyo del único varón de la familia. Son momentos dolorosos y sombríos que hijo y madre deciden aclarar y paliar según la voluntad de Dios. El diálogo y la oración van disipando las ansias y temores ante el futuro. La solución que encuentran, puestos en las manos de Dios, es que Vicente continúe el camino que había emprendido, y ¡Dios proveerá! Y ciertamente Dios que no se deja vencer en generosidad supo pagar con creces el gesto de ambos.

Concluido el noviciado, vinieron las consabidas filosofías y teologías y después la ordenación sacerdotal que recibió de manos de su Padre y Fundador, el P. Luis Amigó, obispo entonces de Segorbe.

Su clara inteligencia, puesta de manifiesto a lo lar-

go de todos sus estudios, movieron a los superiores a impulsar su formación. Psicología en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales y viajes de estudio al extranjero, fueron algunos de los medios usados con aquel joven sacerdote del que tanto cabía esperar.

A esta formación intelectual se unía la experiencia educativa que iba almacenando el P. Vicente, quien, siguiendo la tradición primera de la Congregación, compaginó siempre los estudios con la práctica de la labor reformadora. La sabiduría pedagógica —conci-
sa y profundamente recogida en el libro «Observación psicológica y reeducación de menores», publicado como obra póstuma suya— es tanto fruto de los libros, como de la experiencia acumulada en el contacto directo con la juventud desadaptada.

La personalidad del P. Vicente, sin embargo, no es sólo notable en su vertiente de educador. Consagrado totalmente al Señor, su vida llama la atención, sobre todo, por las virtudes que le adornaron. Humilde, piadoso, mortificado, obediente, reunió en alto grado las virtudes franciscanas y se fundamentó en ellas para ser un verdadero zagal del Buen Pastor.

Pero, con ser tan grandes las lecciones que el P. Vicente nos ofrece a través de su vida, la más importante la encontramos en los últimos momentos

de la misma. Es entonces cuando, a imitación de Cristo en la cruz, se convierte en un vivo *ejemplo de perdón*.

Perdón. Otra de las difíciles enseñanzas del mensaje evangélico. Cuando Cristo quiere poner de manifiesto la diferencia que existe entre su ley –resumida en el precepto del amor– y la ley del Antiguo Testamento, pone como ejemplo el perdón.

Sucede, sin embargo, que los cristianos nos resistimos a aceptar en toda su radicalidad el mensaje. Nos limitamos, a menudo, a entender y practicar el perdón como un simple olvido de las ofensas, con una actitud pasiva. No acabamos de percatarnos de que la superación que quiere Cristo del «ojo por ojo y diente por diente» implica ante todo una acción positiva. Hay que hacer el bien, amar, rezar por quienes nos han ofendido. Perdonar no es sólo olvidar la ofensa, sino amar con más profundidad a quien nos ha ofendido.

Testigos junto a Cristo de esta heroica lección de amor son los santos y en particular los mártires. La Congregación amigoniana tiene en el P. Vicente un excelente modelo del amor cristiano que se hace perdón.

Herido de muerte y abandonado junto a la cuneta de la carretera, el P. Vicente logró acercarse hasta

una casa donde lo socorrieron y lo llevaron al hospital. Allí, antes de morir le visitaron sus hermanos, los religiosos. Al preguntarle, uno de ellos, quién le había malherido respondió con una sonrisa en los labios:

—Padre, no me pregunte esas cosas. Hábleme de Dios.

Y poco antes de morir, exclamó como para hacer más patente su indulgencia:

—«Perdono a los que me han llenado el cuerpo de heridas».

Con su gesto, había dado perfecto cumplimiento al deseo expresado años antes por su Fundador: «No odiéis, ni pidáis venganza contra vuestros perseguidores, antes compadece los y pedid al Señor que se compadezca de ellos».

Fray Diego María de Alacuás

(Miguel Usedo Sanz)
1869 - 30-VIII-1936

*«Sed sencillos como palomas» (Mt
10, 16).*

ALACUAS, pueblo cercano a Torrente y prolífero en un primer momento en vocaciones amigonianas, fue el lugar en que nació fray Diego.

Tan pronto tuvo edad para trabajar, sus padres, gente pobre y humilde, le colocaron de peón de obras para que aprendiera con la práctica un oficio para ganarse el pan y colaborar a la delicada economía familiar.

A los veintiún años, el joven Miguel —así se llamaba antes de hacerse religioso— había asimilado bastante bien las lecciones y era un buen maestro albañil.

Fue entonces cuando Dios que se sirve de las circunstancias más imprevisibles para realizar sus planes lo atrajo a sí, a fin de que siguiese las huellas de Cristo con espíritu amigoniano.

Instalados en Torrente desde hacía más de un año, los terciarios capuchinos tenían necesidad de realizar unas pequeñas obras de acondicionamiento del convento. ¿A quién recurrir? Albañiles en la comarca había muchos, pero en las arcas de aquellos religiosos reinaba aún la más absoluta pobreza. En el convento había dos novicios de Alacuás, el P. Bernardino y Fr. León, mártires también con el tiempo a causa de la fe. A través de ellos, se conectó con el joven albañil, que además de dominar su oficio era conocido en el pueblo por su condición de creyente comprometido.

Hablaron con él y le expusieron la situación. No hicieron falta muchas palabras. El corazón del pobre es sensible para captar las necesidades del hermano y noble para aliviarlas. Todo estaba arreglado. Miguel, a pesar de que necesitaba el dinero, trabajaría lo comido por lo servido. Era todo un gesto de generosidad que mostraba un espíritu capaz de comprometerse con Cristo de forma más radical. Dios se sentía contento, pues los hilos que había movido estaban dando los resultados esperados.

Lo demás era ya fácil. Al contacto con aquellos ejemplares y acogedores religiosos, entre los que llegó a sentirse uno más durante el tiempo de las obras, se despertó en Miguel el deseo de seguir su vida.

Había visto dónde y cómo vivían, y quería ser como ellos. Se despidió de los suyos, dejó en la orilla las artes de su oficio, y con ligero fardo de ropa personal se encaminó alegre y feliz, para siempre, al convento, su nueva casa.

Ya religioso amigoniano, continuó ejerciendo en distintas casas de la Congregación las tareas propias de su oficio. Dichas tareas no le impidieron, sin embargo, dedicarse al ejercicio de la misión propia de los terciarios capuchinos.

Aunque hombre de pocas letras, poseía en gran medida esa sabiduría popular, propia de quienes se han abierto camino en la vida con su esfuerzo y sacrificio.

Autodidacta por necesidad, aprendió por experiencia —como quería el P. Luis Amigó— la ciencia del corazón de los jóvenes desadaptados. Y se ganó fácilmente el afecto y confianza de los alumnos más difíciles, que descubrieron en él un hombre íntegro, trabajador y con gran sentido común.

En su vida religiosa destacó siempre *por una sencillez* que asombraba a propios y extraños. Nacido en humilde y pobre cuna, captó con especial sensibilidad la invitación de Cristo a ser «sencillos como palomas».

La sencillez de corazón es otro de los valores

evangélicos que parece haber olvidado el hombre de hoy, empeñado en sobresalir entre sus hermanos a toda costa. En la sociedad actual no se lleva el ser sencillo. Quien no puede destacar por sus «saberes», intenta hacerlo por sus «haberes», o por el engañoso sendero de las apariencias. Al hombre le cuesta comprender que la única manera válida de ser el primero radica en el terreno del ser.

Sólo quien «fuera profundamente hombre» podría pretender destacarse. Pero sucede que la persona que posee esa difícil cualidad humana es al tiempo sencilla y humilde.

No en balde los antiguos definían al sabio como aquel que toma conciencia de lo limitado de su saber. No en balde dice el evangelio que Dios da su gracia a los sencillos y la retiene a los soberbios. Y no en balde, los grandes hombres de la historia —aquellos que se han distinguido, no por sus conquistas y violencias, sino por sus servicios y cariño a la humanidad— han sido siempre personas sencillas que no necesitaron aparentar, ni presumir, por ser manifiesta la riqueza de su ser.

El mensaje de la sencillez, del no aparentar, del actuar sin doblez, es uno de los distintivos de la espiritualidad franciscana y amigoniana. Y fray Diego, que, al decir de quienes le conocieron «dio la tónica

de fraile menor por su sencillez y alegría», es fiel testigo del mismo.

Incluso su muerte, su último acto de vida, estuvo rodeada del hálito de la minoridad. El, que había vivido «sin hacer ruido», sin quererse destacar, murió rodeado sólo de extraños. En Paracuellos de Jarama, mezclado entre los numerosos restos allí depositados, su cuerpo cobró definitivamente el anonimato que siempre había anhelado y buscado su espíritu.

P. Domingo de Alboraya

(Agustín Hurtado Soler)

28-VIII-1872 - 30-VIII-1936

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24).

EN Alboraya, provincia de Valencia, vio la luz el 28 de agosto de 1872. Agustín Hurtado Soler. No había cumplido aún los diez años cuando el P. Luis Amigó, residente en el convento capuchino de Masamagrell, iniciaba sus correrías apostólicas para reinstaurar en los pueblos circundantes la Tercera Orden Franciscana Seglar.

Alboraya fue uno de los pueblos que dio una respuesta más entusiasta a los proyectos del capuchino. En poco tiempo una gran parte de sus habitantes se adhirieron a la Tercera Orden. Entre ellos estaban los padres de Agustín.

Inmersa su familia en el ambiente de la Tercera Orden, se convirtió él en testigo de un hecho extraordinario que se grabó en su mente con la viveza propia de la infancia. El P. Luis conseguía con su

predicación la espontánea y sincera reconciliación del cura y alcalde de su pueblo, enfrentados por fuerte y antigua enemistad. Quizá esto despertó en Agustín una viva admiración por aquel emprendedor fraile.

Sintiéndose llamado por el Señor decide ir al Seminario de Valencia. Allí estaba en 1889 cuando le sorprende la noticia de que el P. Luis acababa de fundar una Congregación religiosa para atender a los presos y juventud extraviada. Esta noticia le hace cambiar de planes. Descubre que Dios le invita a su servicio, pero como religioso amigoniano. Empaquetada con prontitud sus enseres y sin pensar en penalidades y estrecheces, sin volver la vista atrás, marcha gozoso y decidido a la Cartuja de El Puig para ponerse a las órdenes de aquel fundador al que tanto admiraba y apreciaba.

Inicia el noviciado. Comparte con alegría y entereza la extremada pobreza de sus hermanos. No se asusta ni se echa atrás ante las dificultades de toda índole. Y con su carácter animoso alienta a los vacilantes en la vocación.

Ya en Torrente, forma parte del primer grupo de terciarios capuchinos que emiten los votos en manos del P. Luis Amigó.

Hombre de grandes cualidades humanas, artísti-

cas y morales, sobresalió como músico, escritor y pedagogo. Dirigió acertadamente la Escuela de Reforma de Santa Rita y le dio renombre internacional. Participó en viajes de estudios pedagógicos. Fue uno de los impulsores y redactores de la primera ley española de los Tribunales Tutelares de Menores. Mereció aplausos por parte de la crítica cualificada del tiempo por sus creaciones musicales y literarias. Y ocupó entre sus hermanos cargos de gran responsabilidad en el gobierno de la Congregación.

Pero no todo fueron alegrías, parabienes y éxitos en su vida. Su recia y humana personalidad entró en conflicto con algunos hermanos. Eran distintos caracteres, mentalidades y aún modos de concebir la vida consagrada.

Hombre con espíritu libre de artista, su forma de actuar chocaba a veces con el cliché típico del religioso de entonces. Las cosas del P. Domingo que pudieron alarmar a quienes convivían con él, harían sonreír benignamente a la Iglesia posconciliar. Estamos, sin embargo, en otros tiempos, y cada situación, para ser justos, hay que analizarla en su contexto.

Lo cierto es que él, ante estas divergencias —y urgido por circunstancias familiares— decide separarse por un tiempo de su entrañable Congregación. Lo

que había pensado que sería un breve intervalo que le permitiese atender a su anciana y enferma madre, se prolongó, en contra de su voluntad, por más de seis años.

Vuelto a la Congregación, amó a sus hermanos, y especialmente a aquellos con los que había tenido divergencias, con un amor más intenso, si cabe, que el que ya antes les profesara. Los últimos catorce años de su vida los pasó humilde y retirado en la casa a la que quisieron destinarle los superiores a su regreso. Y, por si aún faltara algo, el Señor le concedió la gracia de adornar con su muerte martirial la historia de los amigonianos.

En el contexto de su vida, la muerte del P. Domingo –acribillado por las balas en medio del silencio y oscuridad de una noche madrileña– aparece iluminada por las palabras de Cristo «si el grano de trigo no muere...».

Es necesaria la muerte para alcanzar el misterio pascual, para experimentar la resurrección. Todos necesitamos vivir muriendo poco a poco a nosotros mismos, a nuestros caprichos e intereses, para ir resucitando cada día a la vida de los otros, a la gozosa experiencia de encontrarnos con los hermanos.

Esta muerte al propio yo, este enterramiento de la propia semilla, del propio ser, es siempre dolorosa.

Cuanto más fuerte es la personalidad del hombre, tanto más punzante le resulta el diario martirio.

Al P. Domingo, hombre de acusada personalidad, dotado por la naturaleza y el espíritu de extraordinarios valores, se le hizo en algún momento difícil la renuncia a su «yo». Con el tiempo, y sobre todo con la ayuda del Señor, fue descubriendo que la verdadera sabiduría no se encuentra en las letras ni en los pentagramas ni en los saberes, sino en la cruz de la propia entrega aceptada con alegría y cargada con humildad y sencillez.

Su último acto de entrega le purificó totalmente «como oro en el crisol». Y desde él su misma vida —testimonio de una persona profundamente humana, cargada de valores y no exenta de limitaciones— está llamada a dar mucho fruto, a servir de ejemplo y modelo espiritual a las nuevas generaciones amigonianas.

Fray Lorenzo María de Alquería de la Condesa

(Enrique González Femenía)

1874 - 30-VIII-1936

*«Conozco a mis ovejas y ellas me
conocen» (Jn 10, 14).*

CORRIA el año 1874 cuando en Alquería de la Condesa—población valenciana enclavada en el valle de la Safor— la familia González-Femenía se vio aumentada con el nacimiento de un varón, bautizado con el nombre de Enrique.

Así empieza la historia de Fr. Lorenzo. Sus padres, personas como él de humilde cuna, no pudieron ofrecerle gran formación literaria. Pero con su ejemplo de vida le enseñaron un gran amor al trabajo y le templaron en el espíritu de sacrificio que ha distinguido siempre el batallar por el pan de la gente honrada y trabajadora.

Hasta el año 1891 la vida de Enrique había transcurrido feliz y sin preocupaciones entre el hogar, la escuela, los trabajos del campo, y entre la vida religiosa y social de su pueblo. Sin embargo en este

año las cosas cambiaron. Desde hacía algún tiempo se venía hablando con creciente entusiasmo entre la gente cristiana de la comarca, de la fundación en Valencia de una Congregación religiosa que se encargaría de atender y educar cristianamente a los penados y a la juventud extraviada. La noticia impactó sobre todo al mundo de los jóvenes. Casi sin darse cuenta, un grupo de ellos, diseminados por el entorno, se sintieron atraídos por ella. Pero...

—¿Qué hacer?

—¿Cómo informarse mejor?

Tenían entendido que aquellos frailes se encontraban viviendo en un viejo convento de Torrente. Y Torrente estaba a más de cincuenta kilómetros. Toda una distancia para las comunicaciones del tiempo.

Ni dificultades ni distancias lograron frenar la decisión y coraje de aquel puñado de jóvenes. Se pusieron en camino sin pesados equipajes ni premuras de horarios. Y mientras viajaban tuvieron tiempo de escoger entre ellos al que haría de portavoz. El sentir fue unánime:

—Que hable Enrique.

Llegaron a las puertas del convento, y ante la pregunta del fraile que les franqueó la entrada, nuestro Fr. Lorenzo contestó con la sabiduría propia del labrador valenciano:

—«Ací estem, per vore si açó ens convé».

—(«Aquí estamos para ver si esto nos conviene»).

Y sí que debía de ir con él aquello, pues desde entonces la Congregación de terciarios capuchinos pasó a ser su nueva familia.

Ya religioso amigoniano, desplegó especialmente su apostolado entre los jóvenes desadaptados.

Hombre de férrea voluntad, curtida a base de sacrificios en el rudo trabajo cotidiano, suplió con su dedicación personal al estudio y a la práctica pedagógica lo que no había podido adquirir anteriormente en los libros, llegando a ser un excelente pedagogo.

Sabía tratar a sus alumnos con el suficiente cariño y fortaleza para no pecar ni de autoritario ni de paternalista. Sabía ser en todo momento para ellos un padre que unas veces les felicitaba por sus adelantos, otras les reprendía por sus retrasos, pero siempre les quería y se mostraba cercano a sus vidas.

Uno de los secretos de su sabiduría pedagógica se encuentra en que él, como el Buen Pastor del evangelio, *conocía perfectamente a sus ovejas*.

¡Qué difícil es conocer a las personas! A menudo pretendemos descubrir el interior de los demás juzgando sus actuaciones y palabras según nuestros criterios e intereses. Otras veces intentamos aplicar para ello distintos «test» o técnicas basadas en deduc-

ciones racionales y lógicas sobre el comportamiento humano. Al final nos damos cuenta de que lo que tenemos entre las manos, lo que hemos logrado conocer tras nuestros esfuerzos mentales no es una persona, le falta vida, calor, sentimientos.

El conocimiento humano, el conocimiento personal, implica mucho más que un conocer por vía de la inteligencia. Supone un conocimiento del otro por vía del corazón, del compartir con él experiencias, sentimientos. En la medida que estamos capacitados para compartir la vida con el hermano, estamos en disposición de conocerlo en profundidad.

Fr. Lorenzo, como pedía el P. Luis Amigó a sus frailes, conocía a sus alumnos por convivencia, por compartir con ellos comidas, recreaciones y estudio, ratos de silencio y esparcimiento, por estarles cercano en sus alegrías y tristezas, y por ser lo suficientemente sensible para captar sus sentimientos. Y este conocimiento le llevaba a amar con más profundidad y predilección allí donde sabía que existía una mayor carencia.

Hay en sus memorias un testimonio que siempre me ha impresionado:

—«A este muchacho —dice refiriéndose a un alumno en quien ha descubierto grandes deficiencias de personalidad— por ser así, tengo que quererlo más».

Aquí, en esta frase, está retratado Fr. Lorenzo en su fortaleza y ternura, en toda su prosa y poesía.

Al llegar la hora del testimonio definitivo por Cristo, él, hombre íntegro, que no había sido nunca amigo de componendas, lo supo afrontar con la gallardía, hombría y entereza que distinguieron su vida. No consintió ser conducido a la muerte silenciosamente cual malhechor.

—«Cobardes, matadme aquí mismo»—gritó enérgicamente a quienes fueron a prenderle, mientras se aferraba a los barrotes de una reja.

Y allí, rotos sus brazos por las culatas de los fusiles, nos deja una vez más ejemplo de lo que siempre fue, «hombre de una sola pieza».

Fray Pascual María de Cuacos

(Hipólito Sánchez Moreno)
VIII-1883 - 30-VIII-1936

*«Bienaventurados los pobres, por-
que heredarán la tierra» (Mt 5,3).*

EN la provincia de Cáceres y muy cerca del Monasterio que sirvió de última residencia a Carlos V se encuentra el pueblo de Cuacos. Aquí, y durante el mes de agosto del año 1883 nació en el seno de una pobre y cristiana familia de pastores el niño Hipólito Sánchez Moreno. Años después, al ingresar en la Congregación amigoniana, cambiaría este nombre, ya para siempre, por el de Fr. Pascual M.^a de Cuacos.

Pero... No queramos correr nosotros los tiempos de la historia más veloces que las manecillas del reloj, dejemos que los acontecimientos sigan su curso natural.

Cuando Hipólito no había cumplido aún los quince años corrió por su pueblo la voz de que el cercano y ruinoso Monasterio del Emperador iba a ser

habitado de nuevo por frailes. Los más viejos del lugar, que esperaban con ansiedad ver de nuevo pasarse por sus contornos los grises hábitos de los frailes jerónimos que habían vivido allí en otro tiempo, se encontraron para su asombro con los tonos marrones de los hábitos amigonianos.

No obstante, bien pronto aquellas gentes, parcas en palabras pero ricas en sentimientos, se fueron acercando con familiaridad a las puertas del convento. Había en aquellos frailes un «no sé qué» que les cautivaba. Era una mezcla de bondad, acogida, fraternidad, sencillez, servicialidad... Era el espíritu franciscano hecho vida según el carisma propio del P. Luis Amigó.

Uno de los que con más asiduidad comenzó a frecuentar la compañía de los nuevos inquilinos del monasterio era justamente Hipólito. Pastor desde temprana edad, estaba acostumbrado a pasear con su ganado por los alrededores del lugar. Al establecerse los amigonianos, aquel sitio fue una obligada parada técnica de su cotidiano peregrinar. Aquí encontraba, junto al agua fresca que aliviaba su calor y sed, personas con las que podía entablar diálogo y satisfacer las ansias de comunicación contenidas durante la jornada.

Con el tiempo, el agua y las palabras fueron

abriendo camino hacia otras comunicaciones más trascendentales. Aquellos frailes le atraían, como a sus paisanos, por el trato afable, pero sobre todo por su piedad y por su testimonio de vida. Sus paradas se fueron haciendo más reposadas. Los días que estaba libre se acercaba al convento para compartir con «sus frailes» la oración... Y poco a poco se percató de que ya no se sentía plenamente feliz, si no compartía de forma más plena su género de vida.

Pide permiso a sus padres, se despide de amigos, conocidos y convecinos. Dice el último adiós a su rebaño, a cada una de sus ovejas. Cuelga en un rincón los pocos y pobres instrumentos de su labor. Y se dirige al sitio que ya le era tan familiar como el propio hogar paterno. Había escuchado en su interior la voz del Buen Pastor:

—Yo te haré pastor de hombres y te destinaré a ir tras los jóvenes descarriados hasta volverlos a mi redil.

Hombre acostumbrado desde pequeño al trabajo y a las privaciones, fray Pascual supo promocionar constantemente sus dotes personales para ser cada vez más útil y eficaz en el servicio fraterno. Gracias al propio esfuerzo llegó a ser un buen maestro albañil y desarrolló inteligentemente la educación cristiana de los muchachos que le confiaron.

Su vida llamó singularmente la atención por una *práctica ejemplar de la pobreza*.

Fray Pascual, que siempre fue pobre en el tener, que creció entre estrecheces económicas, mantuvo como religioso el mismo patrón de vida. Iluminado por el espíritu de Cristo, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a todos, aprendió y practicó también la *pobreza del ser*.

Pobres en el ser, pobres de espíritu, son aquellas personas capaces de renunciar no sólo a lo que tienen, sino también a lo que son para ponerlo con sencillez y humildad a disposición, al servicio de los demás.

Sólo cuando la pobreza del tener es aceptada y vivida desde la actitud interior de sentirse pobre junto a Cristo merece en plenitud la bienaventuranza evangélica.

Por otra parte, quien ha experimentado junto a Cristo el gozo y la felicidad de la propia entrega en favor de los demás, no es nunca tacaño en regalar sus pertenencias.

Al final de sus días, en el momento de testimoniar de forma sublime y martirial a Cristo y a la Iglesia, nos ofrece fray Pascual un postrer ejemplo de la pobreza que adornó su vida. Solo, sin posesiones, sin dinero en sus bolsillos, cerca de Toledo, en

Hombres con pasta de mártires

Talavera de la Reina, entregó generosamente por la fe el último aliento de vida. Allí se empobreció totalmente a sí mismo, para enriquecernos a todos con el ejemplo de su espíritu configurado con Cristo muerto y resucitado.

Fray Angel Prado

1906 - 30-VIII-1936

*«A quién me defendiere ante los
hombres yo lo defenderé ante mi
Padre» (Mt 10, 32).*

ES Fr. Angel Prado, dentro de la historia martirial amigoniana, lo que hoy llamaríamos una vocación tardía.

Del mismo modo que las circunstancias y medios de que se sirve el Señor para llamar a los hombres a su servicio son variados y hasta muy distintos, diversas y dispares son también las horas de la vida en que Dios se hace presente en la existencia de cada persona, para invitarla a su seguimiento.

A unos —como relata la parábola de la biblia— los llama a la hora primera del día, a otros a la hora de tercia, de sexta o nona, e incluso a algunos otros a la última hora de la tarde.

Según esto, Fr. Angel, joven culto y hábil en el dominio de las lenguas modernas, fue más bien una vocación nacida hacia la hora de sexta, hacia esa

edad meridiana que marca la plenitud de la vida humana. Casi treinta años tenía ya cuando después de mucho caminar por la vida, después de haber pisado y habitado diversos países europeos, se siente invitado a dirigir sus pasos tras las huellas de Cristo, y según el carisma del P. Luis Amigó.

El año 1935 toma el hábito terciario capuchino en Torrente, y ya desde los primeros meses de noviciado se distingue como religioso cumplidor de sus deberes, humilde y obediente. Entre sus proyectos más añorados estaba el de dedicarse con todas sus fuerzas al ejercicio del fin específico de la Congregación. Soñaba terminar el noviciado para trabajar a «pleno pulmón» en la cristiana educación de los jóvenes con problemas de conducta.

¡Lejos estaban sus sueños y proyectos de los planes de Dios! Cuando apenas había cumplido la mitad de su tiempo de noviciado, la guerra civil estalla y España se ve dividida en dos frentes, difícilmente delimitables por fronteras geográficas.

Fr. Angel forma parte entonces del grupo de religiosos amigonianos obligados a abandonar la Casa Madre de Godella. En aquellos dramáticos momentos toda decisión se ve envuelta en sombras y temores. Nadie sabe con certeza qué es lo más conveniente. El común sentir indica como medida más prudente.

te la dispersión en grupos de dos o tres personas.

Al tiempo que los religiosos se iban agrupando para la marcha, un joven connovicio, conocedor de que Fr. Angel no tenía ningún lugar cercano para ir, le invitó:

—Vente conmigo a casa. Donde comen dos, comen tres.

Aceptó el ofrecimiento y sin demasiados contratiempos llegaron sanos y salvos a la casa paterna del amigo y hermano religioso. Allí—les aseguraron—podían permanecer todo el tiempo que quisieran seguros y tranquilos.

Pero no era fray Angel partidario de excesivas tranquilidades y seguridades. Amigo de aventura y riesgo en sus años mozos, autodidacta y constructor de su porvenir con el propio esfuerzo y trabajo, no podía consentir estar allí escondido, sin hacer nada, comiendo la «sopa boba», mientras otros se esforzaban y se arriesgaban por él.

Pronto aprendió a desenvolverse con soltura por los contornos, y a los pocos días llegó a la casa que le había acogido con una buena noticia:

—He encontrado trabajo. Haré de enfermero en el cercano hospital de Gandía. No me darán mucho, pero tendré la comida y la oportunidad de sentirme útil. Gracias por todo.

Y sin pensarlo dos veces, contento y con la decisión que le distinguía, partió a desempeñar este servicio a los hermanos enfermos pensando quizá que este trabajo le ayudaría a «mantenerse en forma» para acoger y servir más adelante, cuando llegase el momento, a la juventud.

Los días, en su nuevo trabajo, transcurrían con normalidad. La gente empezaba a reconocer su labor. Tenía ya algunos amigos. El futuro le sonreía de nuevo.

No obstante, había algo en el ambiente que se lo tornaba irrespirable. Los despiadados ataques que constantemente se decían contra las creencias más sagradas de su fe, lo tenían en permanente tensión.

Quedarse cobardemente callado ante todo esto era superior a sus fuerzas. Habló, defendió sus ideales religiosos. Dio testimonio de su fe en Cristo. Y esto le costó la vida.

Su actitud hace recordar, casi de forma inconsciente, las palabras de Cristo: «a quien me defendiere ante los hombres, yo lo defenderé ante mi Padre».

Son palabras que hacen un canto a la valentía y a la intrepidez en momentos cruciales de la vida.

Ser consecuentes con la propia fe en medio de un ambiente favorable tiene su mérito. Pero es mucho

más significativo serlo en medio de circunstancias adversas.

El cristiano no puede ser una persona puesta para atacar a sus hermanos, pero no puede ser tampoco un cobarde que contemple impávido y tembloroso los ataques abiertos a sus creencias. Respetuoso con todos, el cristiano debe saber exigir y defender idéntico respeto para su fe.

Fray Enrique Gómez Tarín

19-VII-1906 - 11-IX-1936

«Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente» (Jn 10, 18).

EN el tranquilo y turolense pueblo de El Pobo, unido desde los albores de la Congregación a la tradición amigoniana, vio la luz Fr. Enrique el 19 de julio de 1906.

Su vida de niño transcurría feliz en la familia, ajeno como estaba a la preocupación de sus padres.

—¿Qué hacer con el hijo?, se preguntaban angustiados.

El maestro del lugar había visto en su Enrique, de natural apacible y bueno, cualidades para el estudio, pero ellos carecían de posibilidades para darle una carrera.

Eran tiempos difíciles, de pobreza, de escasez, los que padecían las gentes de aquel árido terreno. Los ingresos familiares malamente permitían la subsistencia de sus miembros. No era, pues, cuestión

de crearse nuevas obligaciones. Sin embargo les dolía profundamente que el niño no pudiera progresar a causa de su situación, y no se resignaron a ello.

«Pedid y se os dará, buscad y hallaréis...», dice el evangelio. ¡Y cuánta verdad y sabiduría encierran estas palabras! Es cierto que a veces no encontramos lo que premeditadamente habíamos soñado, mas es raro que después de una búsqueda, realizada con alma, vida y corazón, regresemos con las manos vacías, sin el menor atisbo de solución o esperanza.

Al final, los padres de Enrique obtuvieron la recompensa a sus desvelos:

—En Teruel, en la capital —les dijeron—, está funcionando hace ya algún tiempo un Colegio para niños pobres.

Superior leer en esta respuesta la justa contestación a su interrogante. Pidieron la dirección. Y sin permitirse demoras se encaminaron a «San Nicolás de Bari». Así —les habían informado— se llamaba aquel Colegio.

Pocos fueron los papeles que tuvieron que rellenar. Gracias a Dios no habían llegado aún los tiempos de nuestra pesada burocracia.

Tras una animosa charla con el P. Director éste les sentenció:

—Señores, váyanse tranquilos. El niño se queda

con nosotros. Pueden visitarlo cuando deseen, pero, por favor, no se preocupen más.

Así empezó, sin nadie darse entonces cuenta, la vocación amigoniana de fray Enrique. Dios, desde esa cercana lejanía en que siempre está, había movido otra vez los hilos de esta pequeña historia para conseguir otro zagal, otro ayudante, para la porción más desamparada de su rebaño. A partir de aquí, todo resultó mucho más sencillo.

A los pocos días, superada la típica morriña, Enrique se desenvolvía «como pez en el agua» en su nuevo hogar. Nuevos amigos le hacían olvidar las viejas amistades de su niñez. El trato afable de sus educadores y la dedicación al estudio mitigaban el dolor por la separación de la familia. ¡Ah! y la vida de piedad de aquel centro despertaba paulatinamente en él el deseo de convertirse cuando fuera mayor en uno de aquellos frailes que tanto le impactaban.

A los religiosos tampoco les pasaron desapercibidas las buenas cualidades que aquel joven presentaba para poder seguir más de cerca a Cristo. Pero no le atosigaron con preguntas. Le dejaron que fuera madurando con absoluta libertad. Se limitaron a seguirlo desde atrás, desde el silencio.

Llegó el día en que, ya más entrado en años, Enrique se decidió a dar el paso:

—Quisiera ser terciario capuchino —le dijo primero al fraile con quien tenía más confianza.

Su deseo se transformó en realidad. Tras el noviciado, nuevamente un período de estudios. En la reeducación de los jóvenes desadaptados no sólo se necesitan pedagogos, sino también maestros que colaboren en la restauración del atraso escolar que generalmente arrastran estos jóvenes. Fr. Enrique fue destinado a estudiar magisterio, y, concluida la carrera, se convertía en flamante maestro nacional. Después, a trabajar con esos jóvenes, que es lo que su espíritu anhelaba. Diversas casas de la Congregación en España y una que los terciarios capuchinos tenían entonces en Bogotá (Colombia) fueron testigos de su buen hacer.

Y cuando acababa de cumplir los treinta años y se encontraba contento en Torrente ejerciendo la enseñanza con los niños pobres de aquel pueblo, sus planes e ilusiones fueron segados en flor.

Su postrer testimonio de amor por Cristo, su muerte, nos ofrece, no obstante, un último ejemplo que no podemos pasar por alto.

El martirio, ha escrito alguien, es un privilegio, es una gracia que el Señor concede sólo a quienes tienen el espíritu lo suficientemente ensanchado para aceptar con gallaría y libertad la última entrega amo-

rosa de sí mismo en favor de los demás. En la muerte de Fr. Enrique hay un detalle que pone de manifiesto su decisión de aceptar con plena libertad este heroico testimonio de su fe. Se trata de un detalle que deja entrever cómo él, cual otro Buen Pastor, es consciente de que la vida no se la quita nadie, sino que es él mismo quien voluntariamente la entrega.

Cuando después de su detención es conducido ante el tribunal popular que lo juzgó, lejos de simular intenciones, o articular toda una serie de restricciones mentales para no llegar a mentir, responde abiertamente que él no está ni con uno, ni con otro bando, sino que simplemente está con el bando de Dios y de su fe.

Esta declaración le costó la vida. No se la arrancó nadie, fue él quien la ofreció como testimonio de su fe, sabedor de que no la perdía, sino que la iba a encontrar en toda su plenitud.

Fray Bernardino María de Andújar

(Pablo Martínez Robles)
15-I-1881 - 15-IX-1936

*«Bienaventurados los pacíficos»
(Mt 5, 9).*

A orillas del Guadalquivir, en la ciudad de Andújar, provincia de Jaén, vino al mundo Pablo Martínez Robles el 15 de enero de 1881.

Sus padres, gente de escasos recursos económicos, no pudieron ofrecerle la esmerada educación literaria que hubieran deseado.

Bien cortas fueron para Pablo las alegrías y satisfacciones experimentadas junto a los compañeros y amigos de la escuela. Todavía un niño, tiene que dejar los libros para ayudar a su padre en el pequeño taller familiar donde se curtía artesanalmente el cuero. En esta nueva escuela aprende por experiencia una elemental lección de la vida que difícilmente se asimila sólo en los libros: la necesidad y el sentido del trabajo humano.

Con los años, sin embargo, las paredes de aquel

pequeño taller comienzan a resultarle estrechas. Algo en su interior parece decirle que su vida no está llamada a transcurrir anónima allí. Con las inquietudes propias de la juventud, se despierta en Pablo el deseo de buscar y encontrar nuevo rumbo. No sabe aún con claridad qué es lo que busca ni lo que quiere pero está dispuesto a ponerse decididamente en camino. Y consulta con los suyos su propósito:

—He pensado marchar a Córdoba a trabajar en un cortijo cercano a la capital.

Sus padres, a quienes duele ya la separación que van a sufrir del hijo, manifiestan una natural resistencia a secundar sus planes, hasta que comprenden que le deben dar la suficiente libertad para que siga su vocación. Además —piensan— con el trabajo del taller difícilmente podrían mantenerse, llegado el caso, dos familias.

Triste e ilusionado a un tiempo deja Pablo su Andújar natal para encaminarse al nuevo trabajo. Ni tan siquiera podía sospechar entonces que esta decisión era un paso importante para encontrarse definitivamente con la voluntad de Dios que lo había elegido para trabajar en su viña.

Las tareas del cortijo se desarrollaban con normalidad. A Pablo, acostumbrado desde la infancia a ganarse el pan con el sudor de su frente, no le resulta-

ba pesado el trabajo que se le había encomendado. Los dueños se mostraban satisfechos por su habilidad y buen hacer. Y bien pronto se granjeó la amistad de sus compañeros de fatigas.

Pero había algo allí que no le permitía sentirse completamente feliz. Educado cristianamente por sus padres en la vida de oración, Pablo no encontraba en el cortijo un ambiente adecuado para satisfacer su inclinación religiosa. Por otra parte, su carácter sosegado y tranquilo se hallaba a veces incómodo en medio de aquella vida bullanguera.

A fin de satisfacer mejor sus ansias espirituales, abandonó la seguridad económica que le ofrecía el cortijo y se dirigió a la cercana capital. En Córdoba no tardó en conectar con unos ermitaños que vivían retirados en Sierra Morena. Se hizo amigo de ellos, los visitó, vio cómo vivían, oró con ellos, y decidió quedarse en su compañía.

Había llegado a pensar que era éste el lugar donde Dios le quería, cuando poco a poco fue descubriendo que otra vez estaba equivocado. «Aquella vida austera, aquella soledad, aquel silencio casi perpetuo, no rimaban —a decir de sus biógrafos— con su temperamento, que, si bien era apacible y quieto, le hacía tender a la sociabilidad con sus semejantes».

Tras compartir aquella vida más de dos años, Pa-

blo manifestó su intranquilidad a los superiores del eremitorio, y fueron éstos los instrumentos de que se valió el Señor para ponerle en contacto con los terciarios capuchinos. Pausadamente y sin agobios, por caminos inexplicables para los meros criterios humanos, Dios había ido conduciendo su vida hacia el puerto en que deseaba le sirviese.

A los veintiocho años de edad Pablo, identificado con la espiritualidad amigoniana, descubre con toda nitidez que Dios le invita a ser un verdadero «curtidor» de los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien. Profesa como religioso terciario capuchino, y cambia su nombre de pila por el de fray Bernardino María de Andújar.

Con su carácter apacible, fray Bernardino es desde entonces para sus hermanos y alumnos un mensajero de paz y armonía. Trasmite con sus palabras la paz que lleva en su corazón.

Hoy día el tema de la paz está de moda. Posiblemente porque hoy, más que nunca, el mundo teme una guerra total y aniquiladora. Las conferencias de paz se multiplican por doquier como la muestra más palpable de una preocupación a la que no se acaba de encontrar la ansiada solución.

En medio de esta zozobra, el espíritu pacífico y pacificador de fray Bernardino nos pone delante el

mensaje de paz del evangelio, que supieron hacer propio San Francisco de Asís y el Padre Luis Amigó. La paz verdadera con el prójimo es el resultado de la paz interior. Sólo cuando el hombre se siente interiormente pacificado comunica con sus palabras y gestos una verdadera tranquilidad. Sólo los hombres pacificados consigo mismos hablan de paz sin caer en demagogias o estrategias políticas; sólo ellos pueden ser constructores de una sociedad más pacífica y pacificadora.

Al final de sus días, Fr. Bernardino afrontó la cárcel, tormentos y la muerte con la misma tranquilidad que había distinguido su vida. Sin proferir lamentos, sin perder la serenidad, se dirigió con entereza al lugar donde en medio del estruendo de las armas selló su último mensaje de paz. Era el 15 de septiembre de 1936, festividad de la Virgen de los Dolores, madre y protectora de los religiosos amigonianos.

P. Laureano María de Burriana

(Salvador Ferrer Cardet)
13-VIII-1884 - 15-IX-1936

«Haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio, y vuestra recompensa será grande» (Lc 6,35).

EL 13 de agosto de 1884 nació en Burriana (Castellón de la Plana) Salvador Ferrer Cardet.

Tenía apenas seis años cuando su hermano mayor, José Manuel, dejó la casa paterna para hacerse fraile. Este acontecimiento se grabó fuertemente en el espíritu infantil de Salvador, y supuso su despertar vocacional. A partir de entonces, siempre que se conversaba en la mesa familiar sobre la decisión tomada por José Manuel, él repetía como impulsado por un resorte:

—También yo seré fraile como él.

Este deseo de Salvador, que al principio no fue tomado en serio por sus padres, pensando quizá que se trataba de una «cosa de niños», fue haciéndose más fuerte cada día, a medida que crecía.

A los once años, su familia, interpretando ya que

aquella insistencia del niño por ser fraile como su hermano podía ser indicio de una verdadera vocación, decide darle permiso para que marche al seminario.

Rápidamente pasan para Salvador los cursos de humanidades entre latines, historias y literaturas, y, como en un abrir y cerrar de ojos, lo que le parecía un objetivo lejano y casi irrealizable, está al alcance de su mano. Los superiores, que han observado durante estos años de estudio sus buenas cualidades para seguir a Cristo como terciario capuchino, le conceden vestir el hábito amigoniano con el nombre de Laureano. Tenía quince años.

Finalizado el noviciado, inició los estudios de filosofía y teología, y concluidos éstos fue ordenado sacerdote.

Como religioso amigoniano, el P. Laureano tuvo una vida caracterizada por su apostolado largo y fecundo. Ayudado por su carácter compasivo y misericordioso colaboró eficazmente a la cristiana educación de la juventud marginada que le había sido confiada.

De él se han trasmitido algunas anécdotas que ponen de manifiesto la calidad humana y cristiana de su personalidad. Hay, sin embargo, una que revela de

forma especial su capacidad de compasión y misericordia.

Se cuenta que al ser disuelta en España la Compañía de Jesús durante la segunda república, el P. Laureano se dirigió a la casa de dichos religiosos en Valencia y le dijo al rector:

—Padre, vengo a llevarme a uno de los religiosos ancianos de su comunidad. Nosotros cuidaremos de él.

El superior de los jesuitas, vivamente emocionado por el detalle, le contestó con lágrimas en los ojos:

—No sabe cómo se lo agradezco. Aquí vienen muchos a ofrecer asilo a los jesuitas, pero la mayoría me piden que les mande algún Padre docto que pueda ejercer aún la tarea de profesor. Usted es el único que ha venido solicitándome una persona anciana para cuidarla.

Así era el P. Laureano, un hombre en cuyo gran corazón se podían leer aquellas palabras de Cristo: «haced el bien y prestad, sin esperar nada a cambio». Estas palabras nos transmiten un mensaje que nos resulta difícil de comprender y aceptar, acostumbrados como estamos a valorar a las personas con criterios de productividad y eficacia. Cuando los patrones económicos influyen excesivamente nues-

tras relaciones humanas, resulta reconfortante el testimonio de personas como el P. Laureano que, fieles al evangelio, han sabido valorar a sus prójimos, fijándose fundamentalmente en que son hombres e hijos del mismo Dios.

El testimonio martirial del P. Laureano denota una vez más el espíritu de un hombre que pasó haciendo el bien, sin pretender ni esperar nunca recompensas humanas. Ante los agravios de que es objeto en sus últimos días, no se siente nunca herido por el trato injusto que recibe de una sociedad a la que ha dedicado sus mejores años, sirviéndola desinteresadamente en la persona de sus jóvenes más necesitados. Con la conciencia tranquila de quien ha hecho en todo momento lo que debía hacer, espera pacientemente el momento definitivo leyendo el *Libro de Job*. Las palabras centrales de este libro son para él motivo de continua meditación:

—«Desnudo salí del vientre de mi madre
y desnudo retornaré a él.
Dios me lo dio. Dios me lo quitó.
Bendito sea su santo nombre».

Y mientras repite una y otra vez estos versos que resuenan ya en sus oídos como un sonsonete, siente

que se fortalece su confianza en Dios, quien como a Job parece repetirle:

—«Mira, tú dabas lección a mucha gente,
infundías vigor a las manos caídas;
tus razones sostenían a aquél que vacilaba,
robustecías las rodillas endebles.
Y ahora que otro tanto te toca a ti, te deprimes,
te alcanza a ti el golpe, y todo te turbas.
¿No es tu confianza tu piedad,
y tu esperanza tu conducta intachable?
¡Recuerda! ¿Qué inocente jamás ha perecido?
¿dónde han sido los justos extirpados?

Refugiado, pues, en Dios el Padre Laureano caminó hacia la muerte con el gozo de los verdaderos mártires. Era el preludio de la recompensa que Dios otorgaba a quien pasó por la vida sin pretender gratificaciones de los hombres.

Fray Benito María de Burriana

(José Manuel Ferrer Jordá)
26-XI-1872 - 15-IX-1936

«No tengáis miedo, ni estéis agitados» (Jn 14, 27).

HABIA nacido José Manuel el 26 de noviembre de 1872 en Burriana, agrícola pueblo castellonense, bañado por las aguas del Mediterráneo.

Agraciado naturalmente con el carácter explosivo y bondadoso de las gentes del campo valenciano, los años infantiles de José Manuel discurrieron felices entre su familia. Aprendió las primeras letras en la escuela de su pueblo natal, hasta que bien pronto tuvo que abandonar sus apacibles aulas para ayudar a su padre en las rudas tareas de la huerta.

Contaba pocos años cuando la tragedia enlutó su vida. Su madre, joven todavía, les abandonaba tras rápida enfermedad para reunirse con Dios.

Casado el padre en segundas nupcias, la casa de José Manuel recobró en parte la alegría. La llegada al mundo de otros hermanos y el cariño de su nueva

madre mitigaron su pena. No obstante, su carácter, influenciado por el dolor, se volvió más reflexivo.

La adolescencia transcurrió entre el trabajo, los amigos y la vida parroquial. Educado cristianamente por sus padres, le gustaba participar activamente en el apostolado propio de distintas asociaciones católicas que había en el pueblo. Este contacto con círculos de cristianos más comprometidos, le permitió conocer con prontitud la noticia de que un capuchino acababa de fundar en Valencia una Congregación destinada a atender y moralizar a los presos. Corría el año 1889.

Desde entonces, el espíritu de José Manuel se sintió inquieto. Es verdad que ya anteriormente había deseado hacerse fraile, pero nunca, como ahora, el deseo había sido tan fuerte. Consulta su anhelo con el cura, la familia y los amigos. Ellos le aconsejan que se lo piense bien, y le animan a que siga adelante si descubre que verdaderamente ése es su camino.

Al cabo de un año el ansia de experimentar la vida de aquella Congregación, lejos de disminuir, había ido en aumento. Un buen día se decide por fin a probar si realmente aquello le va. Se despide de los suyos, y encamina sus pasos a Torrente.

La comunidad lo acoge con alegría. Ha llegado

en un momento crucial para la nueva fundación. Dentro de poco harán su primera profesión los diecinueve novicios que hay en la casa, y, unos días antes, vestirán el hábito varias personas que se muestran dispuestas a experimentar el mismo género de vida. Le invitan, pues, a que se quede con ellos, comparta su oración, trabajo y pobre mesa, y descubra así con más claridad si también él estaría pronto a iniciar próximamente el noviciado.

La experiencia no fue ni mucho menos difícil. Acostumbrado al trabajo, a la oración y a la austeridad de vida, José Manuel se sintió bien pronto entre aquellos frailes como «pez en el agua». Los superiores, que captaron su espíritu bondadoso, humilde, observante y trabajador, no tuvieron ninguna dificultad para admitirle en la Congregación. Y el 21 de junio de 1890, con diecisiete años de edad, comenzaba a ser terciario capuchino. A partir de entonces se llamaría Benito.

La vida religiosa de fray Benito transcurrió casi toda en el colegio de Santa Rita de Madrid, primer centro español destinado a la recuperación moral, psicológica y social de los jóvenes con problemas de conducta.

El testimonio de su muerte está presidido en todo momento por una gran *serenidad* cristiana.

En su discurso de despedida Jesús dice a los discípulos: *no tengáis miedo ni os agitéis, no se turbe vuestro corazón ni se acobarde*. Estas palabras de Cristo que son una postrer llamada a la serena confianza ante las adversidades encuentran su fundamento en el convencimiento de que Él no dejará nunca huérfanos a los suyos, y en la esperanza de que volverá a dar nueva vida a quienes hayan permanecido fieles.

Por ello, los hombres de fe, hombres llenos al mismo tiempo de esperanza y amor, no se arredran ni desesperan ante las dificultades, sino que dan entonces mayores pruebas de serenidad, fe y confianza en el futuro.

Fray Benito, al poco tiempo de desatarse la persecución religiosa, consigue llegar a su casa natal en busca de refugio. Y cuando esperaba encontrar unos brazos amorosos que le acogieran, tuvo que experimentar en propia carne la cruda realidad que se esconde en aquella frase del evangelio: *vino a su casa, y los suyos no le recibieron*. Otra persona, en su lugar, se hubiera sentido, quizá, descorazonada y hubiese perdido la serenidad de espíritu. Pero él, que tenía fundada en Dios su fe y esperanza, sin proferir la más mínima queja, enderezó tranquilamente sus

pasos a un nuevo cobijo, consciente de que sólo sucedería lo que Dios permitiese.

Acogido, por fin, en casa de unos amigos pasó el tiempo que precedió a su muerte dedicado completamente a la oración. Cada día recitaba varias veces el rosario para saludar así a la Virgen, de quien era muy devoto. Cuentan de él que el día 12 de septiembre, festividad del Dulce Nombre de María, rezó el rosario con tanta insistencia, que uno de sus amigos le preguntó:

—¿No le duele la boca de tanto rezar?

A lo que respondió sonriente fray Benito:

—Hay que obligar a la Santísima Virgen, pues en esa octava habrá grandes cosas.

Y, ciertamente, las hubo, pues al tercer día merecía él, junto con su hermano carnal y fray Bernardino, el privilegio del martirio.

P. Ambrosio María de Torrente

(Salvador Chuliá Ferrandis)
16-IV-1866 - 18-IX-1936

*«Bienaventurados los mansos» (Mt
5, 4).*

CORRIA el año 1866 cuando el 16 de abril nace en Torrente, hijo de una humilde familia, Salvador Chuliá Ferrandis.

El ambiente cristiano del hogar favoreció su despertar vocacional cuando aún era un niño. Sus padres que carecían de los necesarios recursos económicos para costear sus estudios en el seminario de Valencia fueron dando largas a sus inquietudes. Pero un buen día el joven Salvador se presentó con una propuesta:

—Papá, mamá... Este año me gustaría ir al seminario. En la escuela del pueblo ya no pueden enseñarme nada nuevo, y además vosotros sabéis que para ser cura hay que estudiar latín.

—Pero, hijo... —quisieron intervenir sus padres aludiendo sin duda el problema económico.

—Ah —interrumpió Salvador—, no os preocupéis por el dinero. Hay jóvenes del pueblo que están dispuestos a ir al seminario y ya lo tenemos todo pensado. Cada día caminaremos de madrugada a Valencia para asistir como externos a las clases y al atardecer regresaremos a casa.

Sonrieron sus paders, pensando que aquellos planes, plagados de dificultades, no durarían más que unas semanas, pero dieron su consentimiento.

Así comenzó para Salvador un tren de vida que se alargó por varios años. Todos los días sus pies tenían que caminar veinte kilómetros para recorrer la distancia que, entre ida y vuelta, separaba su casa del seminario. Cada mañana debía madrugar para estar a punto al comenzar las clases. Cada noche, a pesar del cansancio, debía estudiar para preparar bien sus tareas escolares. Pero nada de esto le importaba. Su ilusión por ser sacerdote era más fuerte que todas aquellas fatigas e incomodidades.

Casi sin darse cuenta fueron pasando los años. Entre tanto su padre había muerto. Su madre y hermanas vivían ilusionadas bordando los ornamentos y demás ropa del joven diácono. Faltaba tan sólo un curso para su ordenación sacerdotal.

De pronto, todas las ilusiones de su madre y hermanas se derrumban, hacía tiempo que Salvador

venía dándole vueltas a la idea de meterse fraile. Este pensamiento le quitaba el sueño sobre todo desde que a mediados de 1889 el coadjutor de su parroquia, el joven sacerdote don José Méndez, decidió hacerse religioso de la Congregación que acababa de fundar el P. Luis de Masamagrell, un capuchino muy querido y admirado en Torrente, donde solía ir a predicar.

Al marchar de casa para iniciar el último curso de teología, cuando regresaba al seminario para completar su formación sacerdotal, Salvador le dice inesperadamente al cochero que lo llevaba:

—Echa por la izquierda.

—Pero, don Salvador, ¿no vamos a Valencia, al seminario?

—No, no vamos a Valencia. Enfila recto al camino que lleva a la Cartuja de El Puig.

De este modo, daba cumplimiento Salvador al sueño e ilusión que venía albergando en su interior. El 17 de mayo de 1891, después de un largo período de postulante, viste el hábito de los terciarios capuchinos y cambia su nombre por el de Ambrosio. Un año más tarde hace su primera profesión en el convento de Torrente, su pueblo natal, y unos días después es ordenado sacerdote junto a otros tres religiosos amigonianos. El P. Luis Amigó, re-

cordando el hecho, escribe: *en el año 1892 me concedió el Señor el consuelo de poder asistir a la celebración de la primera misa de cuatro de mis religiosos terciarios, los primeros que se ordenaron en la Congregación.*

El P. Ambrosio se dedicó principalmente al ministerio de la formación de nuevos miembros. Con su palabra, y especialmente con su ejemplo, formó a los novicios y jóvenes religiosos en las virtudes de la pobreza y de la obediencia. Su vida se distinguió por la *mansedumbre* que manifestó en sus actuaciones y en el trato con sus hermanos.

La mansedumbre, virtud característica también del espíritu franciscano, no es posible practicarla sin una gran dosis de dominio del propio yo y de los propios querer. No en balde san Francisco la presenta hermanada con la humildad. Las personas que sobrevaloran su personalidad, que hacen de su «yo» un objeto de autoadoración, no están preparadas para responder con dulzura y amabilidad cuando los acontecimientos no se desarrollan según los propios proyectos y criterios. Por otra parte, el adquirir la virtud de la mansedumbre, de la afabilidad y delicadeza en el trato con los demás, resulta especialmente doloroso a los hombres que la naturaleza ha dotado con un carácter fuerte.

Al P. Ambrosio, conseguir esta virtud le costó gran violencia interior dado el carácter irascible, pronto y violento que tenía en la niñez. Sin embargo con la gracia del Señor y con la propia colaboración consiguió una tal mansedumbre de carácter que asombraba a quienes le trataban. Y esta mansedumbre y dulzura en el trato la manifestó también en sus últimos momentos.

Con la sonrisa en los labios se dirigió a la muerte. Por el camino animaba a sus compañeros de destino diciéndoles:

—¿Qué méritos habrá visto Dios en nosotros para otorgarnos la palma del martirio? ¡Pensémoslo bien!... ¡Gracias, Señor, por la inmerecida gloria que nos das!

Poco antes de morir, tras bendecir y perdonar de corazón a quienes le daban muerte, exhortó a los religiosos que le acompañaban en este tránsito a prepararse para morir gloriosamente. Y cuentan sus biógrafos que les exhortaba con tal alegría, «que el alma se le salía por los ojos y por la boca».

P. Valentín María de Torrente

(Vicente Jaunzarás Gómez)
6-III-1896 - 18-IX-1936

*«El Buen Pastor va delante de sus
ovejas» (Jn 10, 4).*

EL día 6 de marzo de 1896 nació en Torrente Vicente Jaunzarás Gómez. Para entonces hacía ya seis largos años que los terciarios capuchinos, instalados en el viejo convento alcantarino, habían pasado a ser vecinos fijos del pueblo.

Los primeros años de Vicente transcurrieron tranquilos en su familia que era muy piadosa y de posición social acomodada. Tan pronto tuvo la edad requerida, sus padres lo enviaron a una escuela particular que existía en el pueblo. Allí pasó algunos años, hasta que un día el maestro, que había descubierto en Vicente una inteligencia preclara para el estudio, se presentó a dialogar con sus padres:

—Es una pena que el niño continúe más tiempo en mi escuela. Aquí no tiene ya nada que aprender. ¿Por qué no buscan algo en Valencia?

Vicente tenía entonces diez años y desde hacía algún tiempo mostraba una cierta inclinación hacia el sacerdocio.

Sus padres, aunque tenían gran amistad con los frailes del convento, habían pensado siempre que si su hijo decidía ser sacerdote marchara a estudiar en el clero secular. ¡Ya se sabe, cosas de pueblo y de la mentalidad de la época! Se tenía la creencia de que un hijo cura siempre continuaba unido a la familia, mientras que un hijo fraile era un hijo que la familia perdía.

No obstante, cuando tuvieron que tomar la decisión de mandarle al seminario de Valencia les dio pena.

—¡Es tan pequeño aún! —exclamaba su madre.

—¿Cómo va a defenderse allí, acostumbrado a que sea yo quien se lo arregle todo?

Decidieron, pues, que el primer año de latín lo pasara con los frailes del convento que, por cierto, habían abierto, desde hacía poco, en Torrente estos estudios para sus seminaristas. Allí, Vicente estaría más cerca de su casa y su madre podría visitarle con más frecuencia y tenerle a punto su ropa. Después —pensaron— ya irá al seminario de Valencia con un poco más de experiencia acerca de la vida de grupo.

Sin saberlo, los padres de Vicente estaban secun-

dando los planes de Dios, quien había escogido a su hijo para que formara parte de la familia amigoniana. Se percataron de ello cuando finalizado el primer curso se presentó en el convento su madre para llevárselo definitivamente.

—Mamá —le dijo Vicente—, yo quiero quedarme con los frailes. Aquí me encuentro muy a gusto.

Ella, interpretando aquello como una morriña pasajera, intentó forzar la decisión de su hijo para que la acompañara, pero el niño, tendiéndose en el suelo, exclamó desconsolado:

—Iré contigo, pero contra mi voluntad.

Estas palabras conmovieron a la madre y, en medio del llanto que le producía la inesperada postura de Vicente, accedió a que se quedara con los que él llamaba cariñosamente «sus frailes».

En Torrente, pues, en el convento de los amigonianos, continuó Vicente sus estudios de humanidades, hasta que vistió el hábito de los terciarios capuchinos el 15 de octubre de 1911 con el nombre de Valentín.

La trayectoria posterior del P. Valentín fue rápida y llena de éxitos. Dotado de viva y clara inteligencia superó con brillantez los estudios de la carrera sacerdotal y profundizó en los conocimientos de las ciencias psicopedagógicas, tan acordes con el fin espe-

cial a que se dedican los amigonianos. Al poco tiempo de ser ordenado sacerdote aparece dirigiendo ya un centro de educación especial para jóvenes con problemas de conducta. Posteriormente viaja a Bogotá (Colombia) donde es uno de los pioneros de la labor que los terciarios capuchinos desarrollan en esta nación desde 1928.

Durante su estancia en tierras colombianas, el P. Valentín pronuncia unas conferencias sobre educación que son muy aplaudidas. En ellas dedica especial atención a un tema clásico en la pedagogía amigoniana, que él había asimilado perfectamente: *la importancia del ejemplo en la educación.*

Inspirado en la figura bíblica del Buen Pastor que va delante de las ovejas para mostrarles así el camino a seguir, el P. Valentín se percató de la honda verdad que se encierra tras las paslabras de Luis Amigó: *nuestra misma naturaleza posee innata propensión a fiarse y creer más que en las palabras en el ejemplo de vida del que nos exhorta, pues el ejemplo es el mejor predicador y su fuerza de persuadir es irresistible.*

Plenamente convencido de la fuerza transformadora del ejemplo, el padre Valentín lo convierte en una de las normas fundamentales de su actuación

educadora. Con el propio ejemplo de vida presenta a sus alumnos los valores que les proclama con sus palabras. Frente a una sociedad que muchas veces basa su fuerza en palabras rimbombantes y en huecas promesas, ofrece la mejor lección a los jóvenes que educa con su propia vida y actuación. Estos, cansados a menudo de frases bonitas y palabras vacías, descubren en él una persona que les impacta por la coherencia que hay entre su decir y hacer.

Al final de su existencia, el P. Valentín puso una vez más de manifiesto la ilación existente entre su pensar y actuar. Convencido por la fe, de que es en los momentos de dificultad cuando más necesario se hace el testimonio valiente y arriesgado de los cristianos, actúa en consecuencia.

Con gran decisión se abre paso entre la multitud exaltada que va a incendiar el viejo convento de Monte Sión para hacerse cargo del Santísimo y evitar que fuera profanado. Desafiando el peligro que corría su propia vida recorre constantemente las oficinas públicas y las casas de los amigos a fin de facilitar un refugio seguro a los religiosos que acudían a él. Y esta misma valentía y gallardía le acompañó en el último acto de su vida, el martirio.

Fray Recaredo María de Torrente

(José María López Mora)
22-VIII-1874 - 18-IX-1936

«Dejad que los niños se acerquen a mí» (Lc 18, 15).

EL 22 de agosto de 1874 —el mismo año que un joven valenciano, José María Amigó y Ferrer, abandona su casa para hacerse capuchino— nace en Torrente José María López Mora. ¿Quién podría predecir entonces, que las vidas de estas dos personas llegarían a entrelazarse íntimamente, unidas en un mismo ideal?

José María López crece y se educa en el pueblo que le ha visto nacer. Al principio aprende la ciencia en las aulas escolares, pero bien pronto comparte este aprendizaje teórico con el manual. Su padre necesita de la ayuda de José María y éste tiene que compaginar las horas de escuela con aquellas otras que dedica a los trabajos de la huerta. Su principal distracción durante esta época son los amigos. Pero... ¿qué

hacer? ¡Resulta a veces tan aburrida la vida del pueblo! Por fin, se decide:

—Iré a visitar a don José a ver qué puedo hacer —se dice entre pensativo y melancólico.

Don José es el coadjutor del pueblo, un joven sacerdote que llegó a Torrente casi recién ordenado. Se ha ganado el afecto de todos los vecinos, especialmente a partir del cólera de 1885 cuando, sin miedo al contagio, se dedicó con todas sus fuerzas a atender y prestar ayuda a los apestados. Además es muy emprendedor y con ideas sociales muy avanzadas. Incluso ha fundado en el pueblo un Patronato Católico para atender a la masa obrera.

Cuando el joven sacerdote ve llegar a José María se alegra, hace años que lo conoce, como conoce también a sus padres, católicos practicantes. La conversación es corta. No hacen falta muchas palabras cuando los corazones están unidos en sentimientos e ideales.

—José María —le dice—, mañana después del trabajo nos vemos en los locales del Patronato.

Y así, hoy un poco y mañana otro poco, José María se vio metido en las actividades apostólicas promovidas por el coadjutor. Allí se sentía realizado. Al contacto con aquella actividad había encontrado además pleno sentido a su fe.

Sin embargo aquella apacible y feliz tranquilidad le iba a durar poco. Un día de mayo del año 1889 su pueblo amaneció sobresaltado:

—¡Don José se ha metido fraile! ¡Don José se ha metido fraile! —repetían por las plazas y calles las gentes, voceras de tempranas noticias.

Aquello fue como «un cubo de agua fría» para los jóvenes que se habían enrolado entusiasmados en las actividades apostólicas de la parroquia.

—¡No puede ser! —comentaban descorazonados unos.

—¡Hay que hacerle reflexionar y regresar! —apuntaban los más emprendedores.

Al final fue ésta la postura que prevaleció.

—Muchachos —dijo uno de ellos que tenía talla de líder—, mañana a la una, después de comer, nos vemos en la plaza. Iremos a la Cartuja de El Puig y ya veréis que don José volverá con nosotros. ¡No faltaba más!

Cuarenta jóvenes acudieron puntuales a la cita el día siguiente. Entre ellos estaba José María. Aquello parecía una verdadera manifestación recorriendo a pie, entre campos y caminos vecinales, los más de veinte kilómetros que separan dicha Cartuja de Torrente.

Llegaron a su destino casi de noche:

—¿Está don José? —preguntaron.

—¿Don José? —exclamó a su vez un tanto extrañado el portero.

—Sí, don José, el coadjutor de Torrente —insistieron ellos.

—¡Ah, bueno, perdonen! —dijo el portero repuesto de su extrañeza. Es que aquí lo llamamos el P. José de Sedaví. Pero... no se queden aquí. Pasen, pasen, que enseguida le aviso.

Hablaron largamente con él, compartieron la pobre mesa de aquellos austeros frailes, reposaron allí, y al otro día partieron de nuevo hacia su pueblo, pero sin don José. No obstante el viaje no fue en balde. Es verdad que ellos no consiguieron su propósito, pero Dios sí consiguió el suyo. Varios de aquellos jóvenes, cautivados por el ejemplo de su coadjutor y de los otros frailes, decidieron volver a la Cartuja para quedarse allí. José María fue uno de los primeros. Marchó a principios de junio y el 21 de dicho mes, del año 1889, ingresó como religioso terciario capuchino, llamándose desde entonces fray Recaredo.

Formado en el apostolado seglar en los círculos parroquiales de su pueblo, fray Recaredo entendió a la perfección su papel de religioso laico dentro de la Congregación. Lo verdaderamente importante era

convertirse en testimonio viviente del amor de Cristo en favor de los jóvenes que le fueran confiados.

Con estos convencimientos de base, fray Recaredo ejerció siempre la misión encomendada por los superiores *como un apóstol*, con la conciencia de que lo principal era transmitir a sus alumnos la buena noticia del evangelio. Su apostolado se hizo notorio sobre todo en su pueblo natal.

Hacía tiempo que el P. Luis venía insistiendo a sus frailes sobre la necesidad de hacer algo por los jóvenes y niños de la población. Al principio fue Fr. Rafael de Onteniente el encargado de organizar e impulsar aquel apostolado, pero después el encargo pasó a manos de fray Recaredo.

A fin de reunir y tener contentos a los jóvenes y niños, fray Recaredo organizó en Torrente clases de catecismo, veladas de teatro, excursiones, meriendas, competiciones deportivas, ... e incluso la Pía Unión de San Antonio de Padua, movimiento encaminado a coordinar diversas actividades catequéticas, formativas y recreativas entre la juventud.

Su alegría era verse rodeado por los niños a quienes quería, por todos los medios, llevar a Cristo. Su estampa, ya viejo pero ágil, y rodeado de niños en su paso por las calles, hace recordar la de Cristo di-

ciendo a sus colaboradores: *dejad que los niños se acerquen a mí.*

El testimonio de su muerte martirial es un buen broche para una vida entregada cada día en favor de los demás y, especialmente, en favor de los jóvenes y niños, porción predilecta de Cristo Buen Pastor.

Fray Modesto María de Torrente

(Vicente Gay Zarzo)

17-I-1885 - 18-IX-1936

*«Bienaventurados los que escuchan
la palabra y la cumplen» (Lc 11, 28).*

EN 1885, tres meses antes de que el P. Luis Amigó fundara la Congregación de terciarias capuchinas, nace en Torrente Vicente Gay Zarzo. Era el día 17 de enero.

Es Vicente una de las muchas vocaciones que surgen del trato amigable y ejemplar de los primeros religiosos amigonianos establecidos en su pueblo. Casi cinco años tenía cuando los terciarios capuchinos se trasladaron de la Cartuja de El Puig al convento de Torrente el día 31 de octubre de 1889.

Finalizada en la escuela la formación elemental, Vicente tuvo que comenzar su vida laboral en el ramo de la albañilería. Sin embargo la dedicación al trabajo no apagó su interés por una formación más completa. Las horas libres que le quedaban las empleaba aprendiendo solfeo en el Patronato Obrero

que había fundado en Torrente el P. José de Sedaví cuando era coadjutor del pueblo.

Además, de vez en cuando, Vicente subía hasta el viejo convento para conversar con aquellos frailes que, por su carácter acogedor y sencillez, se habían ganado el corazón de las gentes. En estas visitas se detenía de forma especial conversando con fray Rafael de Onteniente.

Era fray Rafael un religioso cabal, hombre misericordioso y recto, jovial y serio a sus tiempos. Desde hacía dos años venía reuniendo a los jóvenes y niños del pueblo y allí, en un bajo del convento, les enseñaba el catecismo y les organizaba juegos y otras actividades que hacían la delicia de aquella chiquillada. Este fraile le propuso un día a Vicente mientras charlaba con él:

—Oye, ya que tú tienes buenas cualidades musicales, ¿por qué no me echas una mano? Estoy pensando fundar aquí en el pueblo una asociación para dar un poco más de orden y concierto a las actividades religiosas, recreativas y culturales que funcionan en el convento. Tu aportación, pienso, podría ser muy valiosa.

A Vicente, que tenía entonces unos quince años, la propuesta le pareció fenomenal. Para un joven de su edad sentirse útil y necesario, comprobar que los

mayores cuentan con él es una gran satisfacción. Desde ese día, estaba ansioso porque terminase el trabajo y poder correr libremente al convento. Se sentía un poco como «el brazo derecho de fray Rafael». Aquella colaboración profundizó aún más los sentimientos de amistad que le unían con el emprendedor religioso, y aumentaba en Vicente el deseo de seguir su mismo camino. Por fin, en una de sus largas conversaciones, se decidió a preguntarle:

—Fray Rafael, ¿cree usted que yo podría ser terciario capuchino?

—¿Y por qué no? —le respondió el fraile.

—Si verdaderamente sientes que ésa es tu vocación, harías muy bien en comprobarlo un poco más de cerca. Mira, si tú quieres, yo puedo hablar con los superiores y, sin ningún compromiso, podrás venir a compartir nuestra vida. Si después de algún tiempo vieras que es éso lo que deseas, sería el momento de que tomaras con toda libertad tu decisión.

Dicho y hecho. A los pocos meses, Vicente trasladaba sus cuatro cosas desde la casa paterna al cercano convento y comenzaba su vida de postulante. La experiencia le ayudó a clarificar aún más su vocación y decidió consagrar su vida a Dios en el servicio de la juventud marginada. El día 6 de enero de 1903 re-

cibía el hábito amigoniano y pasaba a llamarse Fr. Modesto María de Torrente.

Sobresalió fray Modesto por su *obediencia*, una de las virtudes más características de la vida religiosa. Con la ayuda de Dios, y poniendo de su parte gran esfuerzo y sacrificio personal, llegó a experimentar el sentido liberador de esta virtud.

¡Qué difícil se hace el descubrir en la obediencia, en la sumisión a Dios y a los hermanos, la expresión de la verdadera libertad personal! Miradas las cosas con una óptica puramente humana es imposible. Sólo el hombre iluminado por la fe puede experimentar la libertad que produce el obedecer. En la medida en que la persona es capaz de ver en la obediencia una manifestación del amor cristiano, puede ejercitarse en ella con libertad, sin sufrir traumas en la propia personalidad. Una vez más, como sucede en todos los misterios cristianos, la clave última de la interpretación está en el amor. Solamente el amor libera al hombre y le ofrece el pleno sentido de la realidad humana.

El P. Luis Amigó dice que *sólo el amor es capaz de unir entre sí las voluntades de los amantes*. Cuando dos personas se aman, el cumplimiento de los mutuos deseos se transforma en expresión de libertad.

Fray Modesto, no sin dificultades y sufrimientos, aprendió a obedecer por amor y pudo comprobar con gozo que la renuncia a las propias iniciativas y proyectos, lejos de arrancarle el gran tesoro de la libertad, le transformaba en una persona más libre y liberadora. La felicidad que en los últimos años se apreciaba en su trato era en gran medida el resultado de haber escuchado la palabra de Dios y haberle dado amorosamente cumplimiento.

Al final de sus días, cuando los dolorosos acontecimientos que le tocó vivir le hacían preveer su trágica muerte, fray Modesto elevó al Padre la misma oración de Jesús: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Desear la muerte en sí misma no puede ser nunca un sentimiento propio de una religión fundada en el misterio de la vida, de la resurrección.

Pero, al igual que Cristo, también fray Modesto acepta con libertad y gozo el abrazo con la «hermana muerte». Su martirio, que es la prueba más grande de su obediencia amorosa a Dios y a los hermanos, le transforma en una persona plenamente libre.

Fray Francisco María de Torrente

(Justo Lerma Martínez)
13-XI-1886 - 18-IX-1936

*«Alegraos conmigo porque he hallado la oveja que se me había perdido»
(Lc 15, 6).*

JUSTO Lerma Martínez nace en Torrente el día 13 de noviembre de 1886.

Sus biógrafos definen a Justo en sus primeros años como «un muchacho moreno, vivaracho y ju-guetón, muy amante de la bulla y poco del estudio y trabajo». Si a estas cualidades añadimos un temperamento enérgico que le impulsaba, según nos cuentan, a vivir en constante inquietud e inestabilidad, nos daremos cuenta de que no fue precisamente «un niño modelo».

Los años escolares se le hicieron verdaderamente difíciles. ¿Para qué estudiar —se decía— todas aquellas cosas que el maestro pretendía, si después no son de gran utilidad a la hora de trabajar en la huerta?

Sin embargo, durante estos mismos años en que

los disgustos con sus padres eran frecuentes a causa de sus malas notas y comportamiento en la escuela, Justo encontró en el convento de los frailes amigonianos como una especie de «válvula de escape». Aquello era otra cosa. Allí podía moverse, como le pedía su carácter, con más libertad y espontaneidad. Es verdad que fray Rafael era exigente en los momentos de seriedad y en más de una ocasión había tenido que enfadarse con él, pero, de todas formas, era muy distinto.

Además, todo hay que decirlo, aquel niño inquieto y travieso le había caído en gracia a fray Rafael. Acostumbrado a tratar con niños más tranquilos y apacibles, se había hecho con el tiempo un buen amigo de Justo.

Sin embargo, no era una labor fácil la educación del pequeño. Las estridencias propias del carácter de Justo provocaban repetidamente situaciones dolorosas para el buen fraile, pero fray Rafael continuaba teniendo una fe ciega en su recuperación:

—¡Ya veréis! —repetía a quienes le insinuaban que de allí no iba a sacar nada en limpio—, cuando Justo empiece a reflexionar y se encariñe por algo cambiará como de la noche a la mañana. La misma fuerza natural de su carácter, que ahora está un poco des-

controlada, hará de él una buena persona cuando consiga encauzarla.

—¡Que Dios le oiga! —contestaban los padres de Justo cuando escuchaban a fray Rafael. Ellos más que nadie deseaban el cambio de su hijo, pero con el paso de los años se sentían algo desilusionados.

Y así, «a trancas y barrancas», le llegó a Justo la edad de la adolescencia. Y fue justamente en esta época de la vida que tanto suele desconcertar a los padres, que no acaban de entender los cambios del hijo, cuando Justo comenzó a dar la vuelta a su vida. La crisis de identidad que en estos años se plantea el joven le hizo entrar dentro de sí y preguntarse cosas que hasta entonces no le habían inquietado:

—¿Quién soy? ¿Dónde voy? ¿Qué me gustaría, qué quiero ser el día de mañana?

Eran algunas de las cuestiones que silenciosamente se hacía.

Justo se volvió un joven reflexivo y serenó mucho su carácter. Empezó a descubrir el sentido de los consejos que desde hacía años le venían dando sus padres y fray Rafael. Y comenzó incluso a vivir su fe con un espíritu nuevo.

La solución a sus interrogantes fundamentales no la encontró de un día para otro, pero la consiguió a tiempo.

Fue grande la alegría que experimentó fray Rafael cuando Justo le comentó sus inquietudes vocacionales, aunque la verdad es que no le pillaban totalmente de sorpresa. Algo venía sospechando el buen fraile de un tiempo a esta parte. Y grande fue seguramente también la alegría que aquel día se sintió allá en el cielo, pues este hijo de Dios que estaba desconcertado y desilusionado ante la vida, había sido encontrado y había revivido.

A veces los hombres con nuestros estrechos esquemas mentales reservamos el término *conversión* para referirnos sólo a la ocasional superación de las grandes deficiencias personales, y le quitamos así su verdadero sentido cristiano. La conversión que pide el evangelio supone una actitud de constante acercamiento al modelo perfecto de hombre que Cristo nos presenta. Todos los hombres tenemos necesidad de convertirnos cada día. El hombre que se cree justo, que piensa que ya no tiene necesidad de cambiar, se separa del camino cristiano de la salvación, pues Cristo no ha venido a buscar a quienes se creen justos, sino a quienes se reconocen pecadores.

El ejemplo de Justo, que supo, con la ayuda de Dios, ir transformando paso a paso su carácter y su actitud ante la vida, pone de manifiesto el mensaje evangélico de la conversión, y anima a pensar que

por grandes que sean las limitaciones, *todo lo podemos* —como dice San Pablo— *en aquel que nos conforta*.

El día 14 de abril de 1905, que en este año coincidió con la fiesta de la Virgen de los Dolores, patrona de los amigonianos, Justo comienza su vida de terciario capuchino, y, como era costumbre entonces, cambia su nombre de pila por el de Francisco.

A partir de entonces, fray Francisco María de Torrente intenta recuperar el tiempo que había perdido en sus años juveniles. Dedicó sus horas, libres de otras ocupaciones, a adquirir la cultura que no había conseguido en la escuela. Y con su propio esfuerzo, con su amor al trabajo, desarrolló de tal modo los dones que Dios le había concedido, que llegó a ser un excelente pedagogo y profesor, con métodos didácticos propios. Fue tal la fama que adquirió en este sentido que se cuenta que no pocas veces llegaron comisiones de catedráticos al Colegio Caldeiro de Madrid para felicitarle por la buena preparación que demostraban tener sus alumnos.

La muerte martirial, en la que le acompañaron otros cuatro amigonianos naturales de Torrente, podemos decir que fue su último acto de conversión, de vuelta amorosa a Dios.

P. Bernardino María de Alacuás

(Estanislao Martínez Ros)
20-X-1864 - 25-IX-1936

*«El Buen Pastor da la vida por sus
ovejas» (Jn 10, 11).*

EN Alacuás (Valencia) nace el 20 de octubre de 1864 Estanislao Martínez Ros.

Pertenece Estanislao al numeroso grupo de terciarios capuchinos que se educaron y formaron en el Seminario Metropolitano de Valencia, que, dirigido entonces por los jesuitas, estaba atravesando uno de sus mejores momentos vocacionales.

La fundación del P. Luis Amigó supuso una verdadera revolución en el seno del seminario valenciano. De allí vinieron la mayoría de los primeros sacerdotes amigonianos. Algunos de los seminaristas mayores de este seminario, unidos al P. Luis por lazos de amistad o de sintonía apostólica, ingresaron tempranamente en su fundación.

En 1889 Estanislao, finalizados sus estudios, era ya sacerdote, ejercía como coadjutor de uno de los

pueblos de la comarca y conservaba muy buena relación con sus antiguos compañeros. De aquí que no tardó en enterarse de la decisión de algunos de ellos, que habían optado por cambiar la sotana por el hábito amigoniano. Este hecho le impactó grandemente. Es verdad que él conocía ya por la prensa la fundación que se había hecho recientemente en Valencia de una Congregación encargada de atender a los presos y jóvenes desadaptados. Conocía además al Fundador a quien había escuchado algún que otro sermón. Pero no se había parado a pensar en el hecho, y, por supuesto, no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que también él estaba destinado por Dios a esta fundación.

Conforme pasaba el tiempo, Estanislao iba dando vueltas al asunto de conocer más de cerca la congregación amigoniana. Las gentes de su parroquia fueran las primeras en percatarse de que algo le sucedía:

—¿Te has fijado últimamente en don Estanislao?
—se decían unos a otros.

—Da la sensación de que le pasa algo. Está como ausente, como con la cabeza en otro sitio.

Pero cuando ellos quisieran adivinarlo, no sólo la cabeza, sino también el corazón de su coadjutor estaba ya lejos de allí. Tras algunos meses de refle-

xión, de analizar las cosas a la luz de la palabra de Dios, cambiaba la sotana por un hábito religioso.

La despedida del pueblo fue emocionante. Los feligreses estaban encariñados de aquel joven sacerdote que desde el primer día les había llamado la atención por su profundidad espiritual y por la cordialidad con que los trataba a todos. También para don Estanislao fue doloroso. En un momento dejaba todo aquello por lo que había soñado desde pequeño, para embarcarse en una especie de aventura.

A mediados de mayo de 1890 llegaba don Estanislao a la puerta del convento de Torrente. Ya anteriormente había entrado en contacto con los frailes y se había puesto de acuerdo con ellos. Al cabo de algún tiempo, el 21 de junio de aquel año, inicia su noviciado como terciario capuchino con el nombre de Bernardino.

El P. Bernardino captó rápidamente lo fundamental del espíritu amigoniano. Estimulado por el amor maternal de la Virgen de los Dolores, por la que sentía verdadera devoción, encarnó las actitudes del Buen Pastor, modelo supremo de los terciarios capuchinos en su labor apostólica. Y como zagal del rebaño de Cristo se distinguió sobre todo por su disposición *a dar la vida por sus ovejas*.

¡Dar la vida! A menudo al escuchar esta frase la asociamos inconscientemente a la idea de la muerte. Y, sin embargo, nada más contrario al sentido cristiano que la expresión encierra. El cristianismo no es una religión de muerte, sino de vida. El objetivo último que Cristo se propone al dar la vida por sus ovejas, no es el de morir, sino el que éstas tengan vida y la tengan en abundancia. El sufrir por el sufrir no es evangélico, como tampoco lo es el morir por el morir. La muerte cristianamente entendida está abierta siempre a la resurrección, y tiene sentido desde ella. El dar la vida por los demás significa, pues, desvivirse para comunicar así la propia vida, las propias ilusiones a los hermanos.

Por otra parte, dar la vida por el prójimo no se refiere tan sólo al hecho mismo de la muerte física. Es verdad que el ser capaz de morir físicamente por los otros es el máximo testimonio de amor cristiano. Pero existe otra forma de dar la vida, que, sin parecer tan heroica, es igualmente difícil y dolorosa. Se trata del diario desprenderse del propio yo, de las propias opiniones, de los propios gustos, para compartir las ilusiones y desilusiones, las grandezas y miserias de los hermanos.

El P. Bernardino hizo de su vida una entrega constante y generosa al prójimo, especialmente en

los jóvenes que le habían sido confiados. Vivió en profundidad su lema apostólico de *aconsejar, sufrir, vigilar, llorar con los alumnos y reír con sus alegrías*. Se empobreció cada día en su ser para enriquecer la personalidad de los jóvenes necesitados.

El testimonio más extraordinario de su cotidiano desvivirse lo encontramos en sus últimos días.

Al P. Bernardino le sorprendieron los acontecimientos de 1936 en Asturias. Las autoridades de aquella región, reconociendo la labor de los amigonianos en favor de los jóvenes más marginados de la sociedad, respetaron su vida y le facilitaron su llegada a Bilbao. También de aquí hubiera podido emigrar a Francia cuando las cosas comenzaron a complicarse, pero cuando le llegó el momento de la partida se lo pensó mejor:

—Padre —le dijo a su superior—, yo me quedo aquí. Los jóvenes religiosos que permanecen pueden necesitarme.

De nada sirvieron los consejos de los demás. Ya sabía él a lo que se exponía. Con decisión y valentía estaba dispuesto a afrontar la última etapa de su larga carrera, recordando quizá las palabras del P. Luis Amigó: *no temáis parecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os tendréis que poner*.

A finales de septiembre de 1936 Bilbao parecía un infierno. Los bombardeos se sucedían sin interrupción sobre la capital. Hubo muchas muertes y heridos entre el personal civil. El P. Bernardino, gravemente mutilado por una de aquellas bombas, moría el 25 de septiembre. Su semblante desfigurado por la tragedia era el mejor testimonio de un hombre que vivió dando la vida por sus hermanos.

P. León María de Alacuás

(Manuel Legua Martí)
23-IV-1875 - 26-IX-1936

*«El que conserve su vida la perderá,
pero el que la pierda por mí, la encontrará» (Mt 10, 39).*

EL 23 de abril de 1875 nace en Alacuás (Valencia) Manuel Legua Martí.

Tenía catorce años cuando en octubre de 1889 los amigonianos se trasladaron desde la Cartuja de El Puig al vecino convento de Monte Sión. Dicho traslado fue vivido con gran júbilo no sólo por las gentes de Torrente, donde estaba ubicado el convento, sino también por los habitantes de los pueblos limítrofes. Desde entonces muchas de estas personas se sintieron solidarias con la suerte de los terciarios capuchinos y contribuyeron en la medida de sus posibilidades a su manutención. El padre de Manuel Legua era una de ellas.

Con cierta y periódica frecuencia el buen hombre aviaba su caballería, alistaba a ella su pobre carro de agricultor y se encaminaba a visitar a los frailes y lle-

varles al mismo tiempo algún pequeño detalle. El, que no era rico, pero que poseía la generosidad propia de las personas sencillas y humildes, había descubierto que para hacer el bien a los demás no hace falta regalarles grandes cosas, sino que es suficiente compartir desinteresadamente lo que se tiene y, sobre todo, lo que se es. Cargaba, pues, en su carro algunos de los productos de su propia huerta, los llevaba al convento, y se sentía feliz de poder contribuir así al sustento de sus moradores.

Manuel solía acompañar a su padre en estos quehaceres. Para él era una distracción salir un poco de la tediosa monotonía del pueblo. Además allí en el convento se encontraba muy a gusto, conversando con alguno de aquellos acogedores frailes que le caían muy bien. Poco a poco aquella excursión se había convertido para él en un rito obligado. Si alguna vez la ida al convento se retrasaba más de lo habitual, Manuel se encargaba de recordárselo a su padre:

—Papá, ¿cuándo vamos a Torrente?

Aquellas visitas habían calado en su ánimo y habían despertado en él una cierta atracción por la vida que llevaban los frailes. Cierta día, regresando de una de aquellas visitas, Manuel volvía silencioso en el carro:

—Manolo, ¿qué te pasa? —le preguntó su padre.

—No, no me pasa nada, respondió él casi por compromiso.

La verdadera respuesta a su pregunta la obtuvo su padre a los pocos días. Sentado a la mesa con su familia Manuel comentó:

—Me gustaría irme con los frailes de Torrente. Lo he estado pensando y creo que es mi camino. ¿Qué os parece?

Después de algún tiempo, Manuel, con todas las bendiciones de sus padres, volvió a abordar más contento que nunca el carro que lo conducía a Torrente. Esta vez no iba a dar un paseo par estar de regreso en casa a la hora de cenar, iba a quedarse para siempre en el nuevo hogar que había elegido.

El 21 de junio de 1890 vestía el hábito de los terciarios capuchinos y comenzaba a llamarse León.

El P. León, gracias a las dotes que Dios le había concedido y al esfuerzo que puso en los estudios, llegó a ser un excelente pedagogo de la juventud con problemas de conducta, y dirigió en Amurrio (Alava) el primer centro oficial especializado en el tratamiento de dichos jóvenes. Pero su vida se distinguió ante todo por la *generosidad* que demostró en todo su apostolado. Esta generosidad, que desde niño había aprendido de sus padres, la asimiló funda-

mentalmente ante el ejemplo de la Virgen de los Dolores, de la que era muy devoto. Contemplando a María, que al pie de la cruz se ofrece a Dios junto con Cristo en favor de todos los hombres, el P. León se percató de que la vida del religioso amigiano debe ser una oblación constante de la propia persona en beneficio de los jóvenes marginados.

Generosidad es un término sinónimo de desprendimiento. Generosa es la persona capaz de desprenderse de sus haberes para suavizar la escasez ajena y construir una sociedad más justa. Generosa es la persona que participa sus saberes para mitigar la ignorancia del prójimo. Y generosa es sobre todo la persona que se entrega totalmente ella misma para contribuir al bienestar de sus hermanos.

El premio que el evangelio promete a los generosos es el encontrarse con una vida más plena y dichosa. La experiencia nos enseña que el que es tacaño para dar es pobre a la hora de recibir gratitudes y satisfacciones. El hombre que se entrega a los demás recibe como gratificación la experiencia del amor, que es la única capaz de hacer feliz su corazón.

Cuando los tristes acontecimientos del 36 se precipitaron sobre España, el P. León actuó con la misma generosidad que había caracterizado su existen-

cia. Tampoco entonces se reservó nada para sí mismo, no buscó conservar la vida, sino que se expuso a perderla para colaborar en la medida de sus posibilidades al bien de quienes le necesitaban. Desde el mes de agosto de 1936 hasta el día de su muerte, ejerció en Madrid como capellán clandestino de un grupo de religiosas que vivían en un piso cercano a la casa donde él se encontraba. En aquellas críticas circunstancias el cometido era muy expuesto, pero no le importó. Sólo la muerte, supremo acto de entrega y amor, puso fin a su generosidad.

Fray Pedro Gil Sáez

11-V-1907 - 28-IX-1936

*«No juzguéis y no seréis juzgados»
(Mt 7, 1).*

EN 1907 —el año en que el P. Luis Amigó fue consagrado obispo— nacía en Bronchales (Teruel), el día 11 de mayo, Pedro Gil Sáez.

Era todavía un niño cuando la tragedia se cernió sobre su familia. Su padre moría y Pedro, junto con sus hermanos, quedaba al cuidado de su pobre madre.

La situación creada era insostenible para una mujer cargada con cinco hijos. ¡Qué podía hacer ella para sacarlos adelante! Preguntó entre familiares y conocidos y le informaron que en Teruel estaba funcionando desde 1909 el Colegio de San Nicolás que, fundado por doña Dolores Romero, se dedicaba a atender a niños huérfanos y a los hijos de familias económicamente necesitadas.

Allí se dirigió, pues, la buena señora y, sin dema-

siados trámites, pudo internar a sus cuatro hijos varones.

El ambiente hogareño de San Nicolás palió en gran medida el trauma afectivo que Pedro había sufrido con la muerte de su padre. Aquí recuperó la alegría que le había caracterizado en los felices días de su primera infancia.

A Pedro —como a su hermano Urbano, seis años mayor que él— le llamó fuertemente la atención el espíritu sencillo y acogedor de sus educadores. Aquellos frailes, rebosantes de simpatía y capaces de convivir con los alumnos todo el día compartiendo sus juegos, alegrías y tristezas, se habían ido ganando su corazón.

También influyó el hecho de que su hermano Urbano se hubiese hecho religioso amigoniano. Desde el día en que lo vio vestido con el mismo hábito de quienes habían sido sus educadores y segundos padres, Pedro sintió con más fuerza que nunca el impulso de seguir el camino espiritual trazado por Luis Amigó.

Tan pronto como cumplió los quince años pidió formalmente ser admitido al postulante, y después de unos meses de prueba vestía el hábito de los terciarios capuchinos, el día 15 de octubre de 1922.

Fray Pedro fue un religioso obediente, ecuaníme

y, sobre todo, lleno de un gran respeto por sus hermanos en religión, de quienes –siguiendo el consejo de su Fundador– tenía presente: *no los defectos para criticarlos, sino sus virtudes para imitarlas.*

Su vida, leída desde esta actitud que distinguió su trato con el prójimo, pone de manifiesto aquellas palabras de Cristo, que tan propensos somos a olvidar los cristianos: *no juzguéis y no seréis juzgados.*

El juicio contra el hermano es, por su misma naturaleza, anticristiano. Quien critica al prójimo suplanta un papel que corresponde a Dios. Quien se atreve a condenar a sus semejantes es porque ha perdido la propia conciencia de pecado y se ha ceñido una aureola de perfección de la que carecemos los humanos.

Cristo, para prevenimos de la fuerte tentación que todos los hombres sentimos a la crítica destructiva, nos invita a que antes de quitar la mota del ojo ajeno, quitemos la viga que hay en el nuestro, es decir, a que antes de juzgar a los otros, tomemos conciencia de nuestros propios defectos.

Sólo el hombre que es consciente de sus propias limitaciones está en disposición de aceptar al prójimo como es, de no exigirle una perfección de la que él mismo carece. Sólo el hombre que ha experimentado en sí el amor de un Dios, que nos acepta como

somos y que valora más lo positivo que lo negativo, está preparado para fijarse más en los valores de sus hermanos que en sus deficiencias.

El tomar o no tomar conciencia de la propia condición de pecadores, de hombres limitados, es lo que puede hacer de nosotros personas cristianas o nuevos fariseos. El fariseo se refugia en la letra de la ley para disimular sus faltas y condenar a los otros. El cristiano, actuando con el espíritu de la ley, es exigente consigo mismo y está pronto a comprender al prójimo.

Fray Pedro, que durante su existencia entre los hombres supo «huir de toda crítica o juicio menos caritativo teniendo a sus hermanos en alto concepto de virtud», hizo también patente esta misma actitud cristiana de la comprensión y perdón en el momento de su adiós a esta vida.

Después de una larga serie de detenciones y puestas en libertad, después de caminar de un sitio para otro, sin encontrar la seguridad a la que tenía derecho como ciudadano que en nada había contravenido las leyes del pueblo, fray Pedro se encontró con la muerte el 28 de septiembre de 1936. La aceptó con gran serenidad, «como un acto más de obediencia a la voluntad de Dios». Su última mirada a quienes disparaban estaba exenta de todo juicio condenato-

rio; en ella se leía sólo perdón y comprensión. En su postrera oración, elevada a Dios desde el silencio de su corazón, es fácil adivinar las palabras mismas de Cristo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

P. Timoteo Valero Pérez

1903 - 29-IX-1936

«Bienaventurados los misericordiosos» (Mt 5, 7).

TIMOTEO Valero Pérez nace en Villarejo (Terralba) el año 1903.

Pertenece al grupo de los siete mártires amigonianos que se educaron cristianamente y aprendieron las primeras letras en el colegio turolense de San Nicolás. Cuando contaba unos ocho años, sus padres le llevaron a este colegio a fin de que pudiera realizar unos estudios que ellos en su penuria económica no podían ofrecerle. Hacía poco tiempo que los terciarios capuchinos se habían hecho cargo de la institución y estaba al frente de ella el P. José de Sedaví.

Tenía el P. José un carisma especial para ganarse el cariño y la confianza de sus alumnos. Hombre con gran corazón de apóstol, dominaba a la perfección las técnicas de la pastoral y sabía conducir a sus educandos hacia Cristo.

Por otra parte, San Nicolás era entonces un colegio lleno de vida. Se encontraban en él jóvenes estudiantes amigonianos de teología que contribuían con su natural alegría y plena dedicación a hacer agradable la estancia de los internos. Con el concurso de todos aquellos religiosos se organizaban en el centro actividades catequéticas, deportivas y artísticas a las que asistían también muchos jóvenes de la capital. En un ambiente así, cargado de espíritu cristiano y juvenil, no es de extrañar el florecimiento vocacional que en esta época experimentó el colegio.

Timoteo, como otros compañeros y amigos de internado, se sintió atraído por el espíritu de aquellos frailes, mezcla de apóstoles y pedagogos, que vivían ilusionados la vocación religiosa. Era el despertar de su propia vocación. Paulatinamente fue madurando este primer impulso, hasta que, convencido de que Dios le invitaba a seguirle más de cerca según el carisma del P. Luis Amigó, vistió el hábito de los terciarios capuchinos el 4 de octubre de 1917.

Tras profesar como religioso amigoniano dos años más tarde, su vida discurrió entre el estudio de la carrera sacerdotal y las primeras prácticas del apostolado propio de la Congregación. Concluida en 1928 la teología, fue ordenado sacerdote por su Pa-

dre Fundador, obispo entonces de Segorbe (Castellón).

El P. Timoteo, fiel al espíritu de la Congregación amigoniana, se distinguió, como otros muchos de sus hermanos en religión, por la *misericordia* con que atendió en todo momento a los jóvenes que le fueron confiados.

La misericordia, como los otros mensajes bíblicos, cobra su pleno sentido a la luz del Evangelio. Cristo, revelación plena del amor que Dios tiene al hombre, muestra durante su vida una predilección especial por los más necesitados y marginados. Él mismo se presenta como *aquel que ha venido a buscar lo que estaba perdido*.

A través del vivo ejemplo de Jesús podemos definir la misericordia como una cualidad del amor cristiano por la cual se está en disposición de amar al hermano superando los estrechos límites de la justicia humana. Esta cualidad cristiana del amor se pone especialmente de relieve en la parábola del *hijo pródigo*. En ella, el Padre representa la misericordia de Dios, mientras que el hijo mayor encarna las exigencias de la justicia.

Analizadas las cosas con los ojos de la mera justicia, el hermano mayor tenía razón cuando reprimina la actitud de su padre:

—«A mí, que te he servido siempre fielmente, no me has dado nunca un cabrito para una fiesta con mis amigos, y al venir ese hijo tuyo que ha consumido el patrimonio de mala manera le matas el mejor becerro».

Sin embargo, para el padre, que actuaba movido por la misericordia, lo realmente importante era la persona del hijo menor que había regresado a casa. Para él estaba claro que la justicia ejercida sin amor es la mayor de las injusticias a que puede ser sometido el hombre. Estaba convencido de que la verdadera justicia exige amar con una mayor profundidad y delicadeza allí donde se percibe una mayor carencia.

Los terciarios capuchinos tienen especial necesidad de actuar su específico apostolado con el espíritu misericordioso que Cristo nos revela en el Evangelio. Su misión consiste en dejar a un lado las noventa y nueve ovejas que son fieles para «ir en pos de la extraviada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor». Al mundo de la marginación no se le hace verdadera justicia cuando se le juzga y condena con las frías leyes escritas por los hombres. Este mundo, más que ningún otro, necesita ser juzgado con el calor del amor cristiano, que no busca la muerte, sino la vida de quien anda desorientado.

El P. Timoteo encarnó con espíritu amigoniano el

mensaje evangélico de la misericordia. Acogió sin prejuicios a los jóvenes con problemas de conducta que se cruzaron en su camino de educador. Supo tenderles su mano amistosa para ayudarles en el proceso de autorreconstrucción. Y los amó con predilección al descubrir en ellos las profundas carencias, afectivas o económicas, personales o ambientales, que habían truncado su normal realización como hombres.

Después de algunos años de dedicación generosa y desinteresada a esta labor, el P. Timoteo se encontró tempranamente con la muerte. A sus treinta y tres años, sin haber tenido tan siquiera la oportunidad de defenderse ante la justicia de los hombres, unas balas acababan con su vida. Él, que había sido misericordioso con los demás, pasaba así a recibir en plenitud el abrazo misericordioso del Padre que está en los cielos.

P. José Llosá Balaguer

23-VIII-1901 - 7-X-1936

*«Animo, yo he vencido al mundo»
(Jn 16, 33).*

BENAGUACIL, pueblo valenciano situado en la ribera izquierda del río Turia, es uno de los primeros testigos de la historia amigoniana. Fue aquí, en el montículo en que se alza una antigua ermita dedicada a su patrona, la Virgen de Montiel, donde el P. Luis Amigó fundó el 11 de mayo de 1885 la Congregación de hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Fue aquí también donde las religiosas amigonianas, impulsadas por el espíritu propio de su Congregación, sellaron por primera vez con la sangre su testimonio de amor en favor del prójimo necesitado durante la epidemia del cólera del mismo año 1885.

En este pueblo, tan unido, pues, a la persona y obra del P. Luis Amigó, nace el 23 de agosto de

1901 un niño al que sus padres, fervorosos católicos, bautizaron con el nombre de José.

Nadie podía sospechar entonces que el pequeño José Llosá Balaguer –tal era su filiación completa– sería con el tiempo un fiel seguidor del espíritu de los terciarios capuchinos.

Tendría unos siete años de edad cuando Jesús Durá Zarzo, un paisano suyo, tomó el hábito amigoniano. Era el primer hijo de Benaguacil que se decidía a seguir el camino trazado por el P. Luis. El acontecimiento tuvo una gran resonancia en el reducido ámbito del pueblo. Las gentes lo comentaban entusiasmadas. Y para José significó el despertar de su propia vocación.

Después de Jesús, otros jóvenes del pueblo –Eustaquio Navarro y José Ramos– decidieron incorporarse en Torrente a la Congregación amigoniana. Este nuevo hecho motivó aún más la decisión de José. Cierta día al regresar a su casa después de ayudar a misa en su parroquia, de la que era monaguillo, comentó:

–Me gustaría irme a Torrente con los frailes del P. Luis.

Sus padres intentaron disuadirle:

–Mira, José, déjalo para más adelante. Apenas tienes doce años.

Aquellos razonamientos no acallaron su inquietud. Una y otra vez insistía en su propósito.

Por fin, consiguió el permiso paterno. Y cargado con la corta experiencia de sus pocos años, pero con el corazón rebosante de ilusión por ser terciario capuchino, llegó con su padre a la puerta del convento de Torrente.

No tardó en adaptarse a la sencilla vida de aquel reducido internado. Estudió los cursos de humanidades y al finalizar los latines pidió ser admitido en la Congregación. El día 4 de octubre de 1917, festividad de San Francisco, recibía el hábito con el que tanto había soñado, y dos años después hacía sus votos como religioso amigoniano. Finalizados los estudios de filosofía y teología, fue ordenado diácono, no decidiéndose de momento a recibir el sacerdocio.

El P. José Llosá ejerció el apostolado propio de los terciarios capuchinos en varios centros de la Congregación destinados a la cristiana educación de la juventud marginada, hasta que al estallar la contienda civil en España fue detenido por el mero hecho de ser religioso.

Su testimonio martirial hace recordar aquella frase de Cristo que encabeza este relato de su vida:

en el mundo tendréis apreturas, pero, ánimo, que yo he vencido al mundo.

Refugiado en Valencia en casa de unos amigos, el P. José fue detenido y encarcelado. En los primeros momentos de prisión la inquietud y el temor de morir se apoderaron de él. Era un hombre en la flor de la vida y se le hacía muy difícil aceptar una muerte sin aparente sentido. Embargado por estos sentimientos fue trasladado a la cárcel de San Miguel, y allí Dios puso en su camino un sacerdote capuchino que, con su ejemplo de serenidad y con sus palabras, logró cambiar radicalmente su estado de ánimo. Confortado por la fe, la inquietud del P. José se transformó en tranquilidad y en gozosa aceptación de la voluntad de Dios.

A veces los cristianos nos descorazonamos ante los acontecimientos adversos, nos atemorizamos y perdemos la esperanza. Es la consecuencia de nuestra falta de fe. Proclamamos a Cristo muerto y resucitado, al tiempo que afirmamos que es Él, la prueba de nuestra propia resurrección y victoria. Pero esta proclamación la realizamos a menudo sin haber descubierto y experimentado su hondo significado. Cuando llega «la hora de la verdad», dudamos y nos tambaleamos. Es entonces cuando más falta nos

hace recordar las palabras de Cristo: *ánimo, que yo he vencido al mundo.*

Frente a un mundo amenazado por la guerra, Cristo es testigo de paz. Frente a un mundo cargado de injusticias y odios, predica un Reino de justicia, verdad y amor. Y frente a los dolores y a la muerte misma, atestigua la victoria con su resurrección. Todo esto, cuando es aceptado vitalmente, constituye para sus seguidores un verdadero motivo de confianza en medio de las circunstancias más adversas y difíciles.

El P. José, tras experimentar la confianza y fortaleza de la fe, afrontó con valentía el paso decisivo de esta vida hacia el Padre. Ni los tormentos que sufrió antes de morir lograron quebrantar en lo más mínimo su entereza.

Era el 7 de octubre de 1936 cuando su cuerpo, abatido por las balas en las cercanías de su pueblo natal, dejaba en libertad un espíritu robustecido por la fe.

Con su muerte el pueblo de Benaguacil, tan ligado siempre a la historia amigoniana, inscribía también su nombre en la página más gloriosa de la misma.

P. Crescencio García Pobo

16-IV-1903 - 7-X-1936

«Os entregarán al suplicio y os matarán, por mi causa os odiarán» (Mt 24, 9).

EL 16 de abril de 1903 nace en El Pobo (Teruel) Crescencio García.

Su vocación religiosa, como la de otros muchos terciarios capuchinos, creció y se fortaleció en el Colegio San Nicolás de Bari de Teruel. Allí había sido internado por su familia que, a causa de los escasos recursos económicos, no podía ofrecerle los estudios para los que estaba capacitado. En San Nicolás, Crescencio se sintió atraído por el ejemplo de vida de los frailes que dirigían el colegio y por el ambiente cristiano, familiar y apostólico que en él se respiraba.

A principios de 1919, cuando contaba dieciséis años, pidió ser admitido oficialmente al postulante. Para entonces había frecuentado ya durante algunos cursos las asignaturas de humanidades que en el

mismo centro se impartían para los aspirantes al sacerdocio.

El 15 de septiembre de 1919 recibía el hábito que tantas veces había admirado en sus educadores. Y concluidos brillantemente los estudios teológicos era ordenado sacerdote por el P. Luis Amigó, el 16 de septiembre de 1928. Esta efemérides la compartió con el P. Timoteo Valero, compañero suyo de estudios en San Nicolás y posteriormente mártir también como él.

Durante los dieciséis años que vistió el hábito de los terciarios capuchinos, el P. Crescencio desempeñó su apostolado entre los jóvenes desadaptados. Con el espíritu propio de los amigonianos, se dedicó en cuerpo y alma, sin reservarse nada, a la educación de estos jóvenes. Y con su carácter apacible y alegre, contribuyó eficazmente a su reconstrucción personal y readaptación social.

El testimonio de sus últimos días nos ayuda a reflexionar sobre una enseñanza de Cristo, que se hace particularmente presente en todas aquellas que derraman su sangre por causa de sus creencias: *os entregarán al suplicio y os matarán, por mi causa os odian.*

Estas palabras contienen, quizá, la parte más dura del programa del Reino que Cristo anunció.

La predicación del Reino conlleva generalmente para quien la realiza violencia y persecución.

La afirmación puede parecer, a simple vista, una terrible paradoja. ¿Cómo es posible que el mensaje cristiano, que es por su misma esencia un mensaje de amor y paz, pueda desencadenar el odio y la guerra?

Sin embargo, contempladas las cosas desde una perspectiva más profunda, es fácil percatarse de que también ésta, como todas las aparentes paradojas de la vida, tiene su explicación.

El anuncio del Reino implica la proclamación de una escala de valores—fundamentalmente contenidos en las bienaventuranzas— que entran en conflicto directo y frontal con los valores que mueven frecuentemente el actuar de la sociedad humana.

En el discurso de la montaña realiza Jesús un canto a la pobreza, a la mansedumbre, a la aceptación de las contrariedades, a la justicia, a la verdad y a la paz. Pero todo esto se contrapone a los intereses de muchas personas que, guiadas por su egoísmo, sólo piensan con criterios de riqueza, bienestar y placer, sin importarles actuar con injusticia, engaños y hasta con descarada violencia a fin de conseguir sus propósitos.

Esta contraposición de valores ha provocado

siempre las persecuciones que, de forma más o menos solapada, han sufrido los cristianos desde sus inicios. Cristo, consciente de esta realidad, previene a sus seguidores en varias ocasiones. Cuando resume en las mismas bienaventuranzas el programa del Reino, dedica la última de ellas a ensalzar la figura de quienes sufren persecución. La persecución es señal inequívoca de que los cristianos están insertos en la dinámica del evangelio. Todo el que se propone vivir como cristiano; quien se decide a aceptar el evangelio con sinceridad, como opción definitiva y radical, acaba siendo perseguido. Y mala señal si en la vida de los cristianos no hay contrariedades y sufrimientos. Eso da a entender que se está pretendiendo servir a dos señores, que se está «nadando entre dos aguas», que se está adulterando la profética realidad de la Buena Noticia: *¡ay! si todos hablan bien de vosotros, porque así hicieron los antiguos con los falsos profetas.*

El P. Crescencio, como el resto de las personas que han derramado su sangre por Cristo a lo largo de la historia, experimentó en propia carne la crudeza que comporta el testimonio cristiano. Al igual que los otros mártires amigonianos, él no tuvo más «delito» que el ser religioso, vivir de acuerdo a sus creencias, no ocultar su condición y dar valientemente la

cara por Cristo cuando se le pedía que renunciara a su fe.

Confortado con las palabras del evangelio, que declara dichosos a los que son hallados dignos de apurar la copa de la amargura y persecución, el P. Crescencio se mantuvo erguido, sin derrumbarse interiormente, en su encuentro con la muerte.

Después de compartir la cárcel por más de dos meses con otros cristianos; después de sufrir una simulación de fusilamiento con la que quisieron amedrentarlo y burlarse de él, su cuerpo ensangrentado quedó sin vida en Paracuellos del Jarama el día 7 de octubre de 1936. Su espíritu conseguía así en plenitud el Reino del que había sido testigo y por el que había sufrido persecución.

P. Tomás Sanz Poveda

18-VI-1910 - 28-XI-1937

«He venido para que tengan vida y estén llenos de vida» (Jn 10, 10).

CUANDO Tomás Sanz Poveda nació en Benaguacil el 18 de junio de 1910, su pueblo había entrado ya de lleno en la historia de los terciarios capuchinos. Hacía casi dos años que un paisano suyo —el P. Jesús Durá— había iniciado el noviciado entre los amigonianos.

Poco antes de cumplir los diez años varios de sus compañeros habían encaminado sus pasos hacia el seminario de los frailes fundados por el P. Luis Amigó.

Todo esto iba calando en el ánimo de Tomás, quien se apercebía paulatinamente de que también a él lo llamaba Dios por la misma senda.

Desde aquel momento, siempre que se trataba en la conversación familiar el tema religioso, Tomás

aprovechaba la ocasión para manifestar a los suyos sus inquietudes e ilusiones.

Tal insistencia dio pronto el resultado apetecido. Cuando cumplió los once años sus padres le concedieron permiso para que pudiera seguir la vocación a la que se sentía llamado:

–Puedes irte con los frailes.

–Comprueba por ti mismo si esa vida te va.

–Si decides quedarte, ¡ánimo y adelante!

Con la ilusión propia del niño que acaba de conseguir lo que quiere, Tomás se dirigió a Godella, donde los terciarios capuchinos habían instalado hacía poco su seminario. Allí estudió las humanidades, y allí mismo fue recibido al noviciado cuando tenía quince años.

Durante los dos años que estuvo de novicio, fray Tomás se entusiasmó decididamente del espíritu que anima a los terciarios capuchinos. La solicitud, generosidad y entrega hasta el sacrificio en el servicio a los jóvenes necesitados –síntesis de la identidad amigoniana– pasó a formar parte de su propia personalidad. Estaba deseoso de que pasaran veloces los días para poderse dedicar plenamente a la educación y re-socialización de la juventud.

No eran éstos, sin embargo los planes que el Señor tenía trazados para su vida. Finalizados los estu-

dios teológicos, y ordenado sacerdote, los superiores, que habían apreciado en él excelentes cualidades de educador, decidieron destinarlo a la formación de nuevos religiosos amigonianos.

En una congregación religiosa es fundamental, no cabe duda, el ejercicio de la misión específica que Dios le ha confiado a través de su Fundador. Pero es igualmente importante la formación de los futuros religiosos de acuerdo a los fines y espíritu de la misma congregación.

El P. Tomás no pudo dedicarse directamente, cual era su primer deseo, a la educación de los jóvenes marginados. El Señor, a través de los superiores, lo encaminó a la formación de quienes —en palabras del P. Luis Amigó— estaban llamados a ser «*zagales del Buen Pastor*».

Convencido de la importancia de su misión formadora, el P. Tomás se entregó por completo a los seminaristas. En su labor educadora hizo propio el lema del Buen Pastor: *he venido para que tengan vida y estén llenos de vida*.

Educar integralmente a una persona implica mucho más que inculcarle unos determinados conocimientos o normas de actuación y comportamiento. Educar es ante todo transmitir y suscitar vida. El educando no es ni un objeto ni una masa informe

que el educador debe modelar; es más bien el artífice de su propia educación, el sujeto que tiene que autoeducarse actuando y potenciando los valores de su personalidad. La tarea del educador, dejando aparte protagonismos, debe orientarse a conducir, a servir de guía al educando en el proceso de autoformación. Con su ejemplo y palabra, el educador debe ser para sus alumnos el primer testigo de los valores, de la vida, que les quiere transmitir.

El P. Tomás, que poseía un gran cariño al P. Luis Amigó y a todo lo amigoniano, fue suscitando en el ánimo de los seminaristas un gran aprecio por la Congregación y su misión especial; fue transmitiendo y favoreciendo en ellos la vida cristiana y amigoniana.

El año 1934 asistió a la muerte del P. Luis y, como él mismo escribió en un precioso artículo, tuvo la suerte de ser uno de los escogidos para llevar sobre sus hombros el cuerpo de su Padre Fundador hasta la morada definitiva. Tres años más tarde, al desencadenarse los acontecimientos de la guerra civil española, era él mismo quien, en plena juventud, abandonaba esta tierra.

Expulsado de Godella, donde continuó entregándose a sus seminaristas hasta el final, mereció derra-

mar su sangre por Cristo el día 28 de noviembre de 1937.

Con su muerte selló la última lección para las futuras generaciones amigonianas. En ella les dejó un testimonio de resurrección, y les trasmitió, de forma plena, su vida.

Fray Francisco Ferrer Molina

5-III-1903 - 20-II-1938

«Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad» (Mt 5, 10).

FRANCISCO Ferrer Molina nace el 5 de marzo de 1903 en Alcalalí, pueblo alicantino que ha dado numerosas vocaciones a la Congregación amigoniana.

Es natural que en un pueblo, pequeño como éste, las noticias de una familia se conviertan un poco en patrimonio de todos. Y el hecho de que varios hijos de Alcalalí—Manuel, Sebastián, Jacobo y Fidel—vistieran el hábito de los terciarios capuchinos en los primeros años de la Congregación fundada por Luis Amigó contribuyó a que los frailes amigonianos fuesen muy conocidos y apreciados en la población.

Además uno de los primeros terciarios capuchinos naturales de Alcalalí era pariente de Francisco y en su casa salía a veces a colación la referencia del tío fraile.

Creció, pues, Francisco en un ambiente, profundamente cristiano, en el que el tema amigoniano era tratado con cierta frecuencia y familiaridad. Y no cabe duda que todo ello ayudó a despertar en él la invitación que Dios le hacía a ser religioso terciario capuchino.

Tendría unos trece años, cuando dos compañeros y amigos suyos –José y Tomás– se despidieron de él. Marchaban a Godella a estudiar latines entre los frailes del P. Luis Amigó. Tomás quiso acompañarles, pero por entonces no pudo ser. Aún permaneció en el pueblo tres años ayudando a sus padres en las labores del campo. No obstante la idea de ir donde estaban ellos tomaba cada días más fuerza, y, tan pronto como le fue posible, recogió sus cosas y llegó al seminario donde se encontraban.

Vistió el hábito el 11 de abril de 1919 y transcurrió parte del noviciado con uno de los amigos que se le habían adelantado en llegar al seminario, su paisano y familiar José Ferrer Monserrat.

Su vida posterior estuvo dedicada por entero a la educación de la juventud desadaptada. Primero Amurrio (Alava) y después el Colegio de Santa Rita en Madrid, supieron del buen hacer pedagógico de fray Francisco.

Cuando acababa de cumplir los treinta y tres

años, él, como el resto de sus hermanos de comunidad, tuvo que abandonar su labor educativa. La guerra se había desatado en España, y los religiosos que estaban en Madrid fueron obligados a dispersarse.

Tras pasar una verdadera odisea, fray Francisco consiguió llegar a su pueblo natal, donde pasó unos dos años, colaborando con las tareas familiares. A finales de 1937 es llamado a filas y enviado como soldado de la República al frente de Extremadura. Aquí, un día fue citado a declarar por uno de sus jefes:

—¿Es verdad que es usted religioso?

Fray Francisco pudo muy bien ocultar su identidad. No había pruebas contundentes. En su lugar, muchos hubieran optado posiblemente por evadirse con una media respuesta, pensando que no tenía demasiado sentido la verdad en aquellas circunstancias. Sin embargo a él, que se había distinguido por el aprecio que siempre había manifestado a su vocación religiosa, no le iban este tipo de componendas. Sabía que humanamente no sacaría ningún provecho de su contestación. Pero no le importaba quedar bien con los hombres, sino sólo con su conciencia y con Dios. Respondió, pues, con decisión:

—Sí, lo soy.

Estas tres palabras fueron suficientes para su de-

tención y muerte, que acaeció el 20 de febrero del año 1938.

La vida de fray Francisco, leída e interpretada a la luz de este postrer acontecimiento, trasmite sobre todo el mensaje de la *fidelidad*, de la coherencia con los propios principios hasta las últimas consecuencias.

En la Biblia, el mensaje de la fidelidad ocupa un lugar central. El Antiguo Testamento se refiere a él mediante el término *alianza*. A través de ella, Yavé se compromete a ser siempre fiel al pueblo que liberó de la esclavitud, y el pueblo, a su vez, a reconocerlo en todo momento como el único y verdadero Señor. En el Nuevo Testamento, Cristo hace repetidas llamadas a ser fieles al mensaje recibido: *bienaventurados los que viven perseguidos por su fidelidad*.

Las mismas relaciones humanas han tenido tradicionalmente uno de sus fundamentos en la fidelidad, en la coherencia entre lo que se promete y se hace. La palabra dada ha sido durante mucho tiempo el único documento legitimador de los contratos humanos. El cristianismo con su visión trascendental de la vida ha contribuido indudablemente a afianzar la fidelidad que se prometen las personas, y de la que es garante el mismo Dios.

Nuestra civilización, comprometida en potenciar valores que humanicen más y más las relaciones entre las personas, tiene también necesidad de educar a sus miembros en la fidelidad.

Los cristianos, convencidos de que Dios ama al hombre con inquebrantable fidelidad, pueden encontrar en su fe motivos suficientes para acrecentar su fidelidad a Dios y a los hermanos, contribuyendo también así a la extensión de la «civilización del amor».

Posiblemente a nosotros no se nos pedirá como a fray Francisco, como a los mártires en general, testimoniar fielmente la fe hasta el extremo, pero lo que sí se nos exigirá siempre es que seamos, en todo momento, fieles, coherentes, consecuentes, con la fe recibida.

P. Ezequiel Gil Gil

1-VII-1908 - 20-II-1939

*«Estad alegres y contentos» (Mt 5,
12).*

EZEQUIEL Gil Gil nace en Torrijas (Teruel) el 1 de julio de 1908.

Muerto su padre cuando tenía ocho años, es internado junto a con su hermano mayor, Alvaro, en el colegio turolense de San Nicolás de Bari, que disfrutaba en este tiempo de intensa actividad religiosa, pedagógica y cultural. El P. Juan de Ayelo, director del colegio, había dado un fuerte impulso al grupo de seminaristas que, dirigidos por su paisano, el P. Francisco, funcionaba en el centro desde hacía algunos años. Componían este grupo aquellos alumnos internados en San Nicolás que manifestaban interés por seguir la vocación religiosa. Los seminaristas convivían con el resto de los alumnos, aunque tenían un reglamento especial y estudiaban allí mismo los cursos de humanidades.

Alvaro, que al ingresar en el colegio tenía catorce años, se sintió bien pronto atraído por el ejemplo de vida de sus educadores y pidió ser admitido como seminarista el curso siguiente.

Ezequiel hubiera querido ya entonces seguir el camino emprendido por su hermano, pero era aún demasiado pequeño. Tuvo que esperar dos años, antes de comenzar los cursos de latín. Finalizados estos estudios, vistió el hábito amigoniano el 15 de septiembre de 1923.

Después del noviciado estudió filosofía y teología, y el año 1932 es ordenado sacerdote.

El P. Ezequiel ejerció siempre el apostolado entre la juventud marginada. Estaba verdaderamente identificado y encariñado con la misión específica de los terciarios capuchinos. Su labor educadora se vio favorecida por la *alegría* que rebosaba de su ser, y que era una de las características más destacadas de su personalidad.

La alegría es también una cualidad, un valor fundamental del mensaje cristiano. La sabiduría popular, a menudo más profunda y existencial que la de las aulas, lo ha expresado en uno de sus dichos: *un santo triste, es un triste santo*.

El evangelio, centrado en el amor y animado por la fe y la esperanza, no está hecho para los tristes y

melancólicos. El cristiano que vive con radicalidad su fe es una persona desbordante de alegría.

No conviene confundir, sin embargo, la alegría con la falta de penalidades y dolores. La alegría cristiana no es la felicidad ficticia de los cuentos azules; es más bien una felicidad madura, curtida en medio de la tragedia misma de la vida. Cristo invita a sus seguidores a estar alegres y contentos en un contexto en el que les habla justamente de contradicción y hasta de persecución. La cruz y la alegría no son, como pudiera parecer a simple vista, mensajes contradictorios, son el mismo mensaje contemplado desde perspectivas complementarias.

El cristiano que es consecuente con su fe no huye de las dificultades, sino que las afronta con el suficiente amor y esperanza para no perder la paz y alegría del corazón.

San Francisco —el santo de la pobreza y de la humildad, el santo alegre que cantaba como un juglar su amor a Dios, a los hermanos y a la naturaleza— explica al hermano León que la perfecta alegría consiste en sobrellevar con paciencia, humildad y amor las penas, injurias, oprobios e incomodidades.

La actual civilización está necesitada de profetas de la alegría. Cuando el desenfrenado ritmo de trabajo y actividad que el hombre moderno ha impreso

a su vida amenaza con quitarle la paz, la tranquilidad e incluso, a veces, la ilusión por la vida, es urgente el testimonio vivo de personas felices y alegres.

El testimonio de una vida feliz y desbordante de alegría es en ocasiones un servicio más efectivo al hermano que el de las acciones deslumbrantes. Es más importante el espíritu con que se hace el bien, que el bien mismo que se realiza. Un servicio pequeño, realizado con amor y alegría, es a menudo más importante que un gran servicio ejercido sin alegría, con cara alargada o ánimo agriado.

El P. Ezequiel vivió con profundidad el mensaje cristiano y franciscano de la alegría. La felicidad que traslucía en su sonrisa abierta y sincera nacía del sentirse identificado y realizado con su vocación de cristiano y de amigoniano. En su vida, como en la de todo hombre, hubo problemas y dificultades, pero éstos no consiguieron amargar su espíritu, que se mantuvo siempre risueño por la fe, la esperanza y el amor. Ni tan siquiera los tristes acontecimientos que vivió en los últimos años apagaron su alegría espiritual.

Expulsado de Madrid, donde se encontraba en julio de 1936, el P. Ezequiel marchó a su pueblo y se refugió junto a los suyos. Aquí permaneció más de

dos años, hasta que es detenido y muere poco después a causa de los malos tratos recibidos.

Soportando con paciencia y esperanza las penalidades que sufría por su fe, experimentó de forma perfecta la alegría del evangelio.

El P. Ezequiel cierra la historia martirial de los terciarios capuchinos. Muerto el 20 de febrero de 1939 es el último amigoniano que derramó su sangre por Cristo durante la contienda que dividió a España.

Epílogo

«Y no amaron tanto su vida, que temieran la muerte» (Ap 12, 11).

LAS veintinueve biografías que aquí se han presentado brevemente corresponden a los amigos que «bebieron el cáliz del Señor hasta las heces y fueron bautizados con su mismo bautismo».

Hubo, sin embargo, otros muchos terciarios capuchinos que, aunque no recibieron la gracia de testimoniar su fe de forma absoluta, fueron testigos en nuestro siglo de la entrega generosa y gozosa de la primitiva fe cristiana, crecida y fortalecida en las catacumbas. También ellos supieron afrontar las duras pruebas del momento con la decisión y valentía que nacen de la fe inquebrantable, de la esperanza cierta y del amor sincero: *«no amaron tanto su vida, que temieran la muerte».*

A photograph of a waterfall cascading down a rocky, moss-covered cliff. The water is white and turbulent as it falls. The surrounding rock is dark and textured with green moss. The image is tilted slightly to the right.

Quien beba
de este agua
nunca más
tendrá sed.

***Si el grano
de trigo no cae
en tierra
y muere...***



Animo,
*no tengáis miedo.
Yo he vencido
al mundo.*



La verdad
os hará
libres.



Terciarios Capuchinos la vida por su 50.º Aniversario



1.ª fila (de izquierda a derecha)

- P. Ambrosio M.º de Torrente (1866-1936)
- Fr. Modesto M.º de Torrente (1885-1936)
- Fr. Diego M.º de Alacúas (1869-1936)
- P. Bienvenida M.º de Dós Hermanas (1869-1936)
- Fr. Gabriel M.º de Benifayó (1866-1936)
- P. León M.º de Alacúas (1875-1936)
- Fr. Bernardina M.º de Andújar (1881-1936)
- P. Bernardino M.º de Alacúas (1864-1936)

2.ª fila (de izquierda a derecha)

- Fr. Francisco Ferrer Molina (1903-1938)
- Fr. Francisco M.º de Torrente (1866-1936)
- P. Florentín Pérez Romero (1904-1936)
- Fr. Lorenzo M.º de Alquería Condesa (1874-1936)
- P. Ezequiel Gil Gil (1908-1939)
- P. Valentín M.º de Torrente (1896-1936)
- Fr. Benito M.º de Burxiana (1872-1936)
- Fr. Retaredo M.º de Torrente (1874-1936)

os que ofrecieron al amigoniano (1936-1939)



3.ª fila (de izquierda a derecha)

- P. Domingo M.º de Alboraya (1872-1936)
- Fr. Enrique Gómez Tarín (1906-1936)
- P. Timoteo Valero Pérez (1903-1936)
- P. José-Llosá Balaguer (1901-1936)
- Fr. Urbaño Gil Sáez (1901-1936)
- Fr. Pascoal M.º de Cuacos (1883-1936)
- P. Laureano M.º de Burriana (1884-1936)

4.ª fila (de izquierda a derecha)

- P. Crescencio García (1903-1936)
- Fr. Pedro Gil Sáez (1907-1936)
- Fr. Angel Prado (1906-1936)
- P. Vicente Cabanes Badenas (1908-1936)
- P. Francisco Tomás Serer (1911-1936)
- P. Tomás Sanz (1910-1937)

Terciarios Capuchinos que ofrecieron la vida por su ideal amigoniano

50.º Aniversario (1936-1939)

P. Luis Amigó

1.ª fila (de izquierda a derecha)

- P. Ambrosio M.º de Torrente (1866-1936)**
- Fr. Modesto M.º de Torrente (1885-1936)**
- Fr. Diego M.º de Alacuás (1869-1936)**
- P. Bienvenido M.º de Dos Hermanas (1869-1936)**
- Fr. Gabriel M.º de Benifayó (1866-1936)**
- P. León M.º de Alacuás (1875-1936)**
- Fr. Bernardino M.º de Andújar (1881-1936)**
- P. Bernardino M.º de Alacuás (1864-1936)**

2.ª fila (de izquierda a derecha)

- Fr. Francisco Ferrer Molina (1903-1938)**
 - Fr. Francisco M.º de Torrente (1866-1936)**
 - P. Florentín Pérez Romero (1904-1936)**
 - Fr. Lorenzo M.º de Alquería Condesa (1874-1936)**
 - P. Ezequiel Gil Gil (1908-1939)**
 - P. Valentín M.º de Torrente (1896-1936)**
 - Fr. Benito M.º de Burriana (1872-1936)**
 - Fr. Recaredo M.º de Torrente (1874-1936)**
-

Terciarios Capuchinos que ofrecieron la vida por su ideal amigoniano

50.º Aniversario (1936-1939)

P. Luis Amigó

3.º fila (de izquierda a derecha)

P. Domingo M.ª de Alboraya (1872-1936)

Fr. Enrique Gómez Tarín (1906-1936)

P. Timoteo Valero Pérez (1903-1936)

P. José Llosá Balaguer (1901-1936)

Fr. Urbano Gil Sáez (1901-1936)

Fr. Pascual M.ª de Cuacos (1883-1936)

P. Laureano M.ª de Burriana (1884-1936)

4.º fila (de izquierda a derecha)

P. Crescencio García (1903-1936)

Fr. Pedro Gil Sáez (1907-1936)

Fr. Angel Prado (1906-1936)

P. Vicente Cabanes Badenas (1908-1936)

P. Francisco Tomás Serer (1911-1936)

P. Tomás Sanz (1910-1937)

